La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 20 de enero de 1908 — Núm. 1.360

CASTALIA,
escultura de Edmundo Hellmer

SUMARIO

Texto. – *La vida contemporánea*, por E. Pardo Bazán. – *Cuento de locos y de amores*, por J. Francés. – *Galería de los Uffizi de Florencia, colección de auto-retratos de artistas célebres.* – *La nave*, tragedia de G. d'Annunzio. – *París. Un proceso célebre. La fabricación del diamante.* – *Cestos de papeles en las vías públicas.* - *El aeroplano Farman y el premio Deutsch-Archdeacon.* – *Miscelánea.* - *Alegre*, novela de G. Zuviría (continuación). – *Deportes de invierno en Chamonix.* – *Aparato para transmitir la escritura á larga distancia.* – *El Cairo. Gran ceremonia religiosa de la procesión del Tapiz sagrado.*

Grabados.— *Castalia*, escultura de E. Hellmer. – *Enrique Farman*, retrato. – Dibujo de Opisso para *Cuento de locos y de amores.* – *Los saltimbanquis* y *Esperando el tren*, dibujos de H. Daumier. – *Galería de los Uffizi de Florencia, colección de auto-retratos de artistas célebres.* - *Gabriel d'Annunzio*, retrato. – Cuatro grabados referentes á *La nave*, tragedia d'Annunzio. – Dos idem idem al proceso de la fabricación del diamante. – *París. El Mokri*, enviado del sultán de Marruecos. – *José M. Marqués y algunas de sus más recientes obras.* – *Los bebedores*, cuadro de F. Fehr. – *Retratos de los hijos de Mr. A. W.*, grupo pintado por J. S. Sargent. – *París, cestos de bronce para arrojar papeles en ellos.* – *El Descendimiento de la Cruz*, célebre cuadro de Van Dyck. – *París, Farman y su aeroplano ganando el premio Deutsch-Archdeacon.* – Dibujos de Cutanda que ilustran la novela *Alegre.* – *Deportes de invierno en Chamonix*, tres grabados. – *Aparato para transmitir la escritura á larga distancia.* – *El Cairo.* – *Gran ceremonia religiosa de la procesión del Tapiz sagrado.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Qué es la *grippe?* Un duendecillo, un Proteo, un genio maléfico, al cual es imposible seguirle los pasos. Toma todas las formas; ataca á todos los órganos; se divierte en aparecer allí donde menos se piensa; disimula su malicia, oculta su fuerza, embosca sus baterías, se emboza en obscuridades, aparenta sencillez..., y se apodera del cuerpo, llevándolo, lentamente, hacia su destrucción. No hay nada tan insidioso como la *grippe*. Al pronto, nadie se cuida; y cuando quiere cuidarse, ha pasado la oportunidad: la *grippe* es ya más fuerte que nosotros.

Lo primero que causa la *grippe* es una debilidad general, una depresión de las fuerzas vitales. Se siente el molimiento que sigue á las palizas. De ahí el expresivo nombre de *trancazo,* que la *grippe* recibe algunas veces.

Ese molimiento prepara todos los demás fenómenos subsigientes y concomitantes de la *grippe*. El estómago se anubla; la cabeza se aturde; la garganta se aprieta. Con una sensación de brasa ardiente en la laringe escribo esta crónica. No habrá que extrañar que también ella sea floja y débil, y parezca acabada de apalear.

Si hay un suicidio romántico, es el de la joven terrorista rusa que puso fin á sus días porque el Comité no la confiaba una misión destructora; porque recelaba que no la creyesen capaz de hacer algo enorme y horrible. ¿Verdad que es cosa digna de tentar á un novelista, á un dramaturgo? Hace pocos días asisti á la representación de una bufonada que ahora lleva por título *La famosa Teodora* y que Tina di Lorenzo nos ofreció en primavera bajo el título de *La moglie d'Arturo*. La obra es un sainetón, basado en el propósito de una nihilista de pasar la frontera rusa para cometer una barbaridad. Como la farsa es inverosímil, la impresión que en el espectador produce es que no pueden existir tales mujeres, con tal exaltación de fanatismo. Y sin embargo, existen, y la *Elena* del sainete es una pálida calcomanía al lado de las nihilistas reales y auténticas, que guardan en su alma el volcán de esa pasión extraña, el amor de la muerte, de la sangre, del crimen político.

¿Por qué son especialmente las mujeres las que sienten este terrible impulso? ¿Es que efectivamente hay en ellas mayor sensibilidad, mayor dosis de idealismo—entiéndase como se entienda la palabra—que en el hombre?

Yo no lo he creído nunca. Los grandes arranques sentimentales y los grandes idealismos, la historia los señala en el varón. Fué el hombre quien se alzó para las Cruzadas; fué el hombre quien fundó las Ordenes religiosas; fué el hombre quien creó el arte. En esto la mujer va siempre á la zaga, y su entusiasmo y su vibración son meramente reflejados, no cabe duda. Sólo en estas crueles y candorosas bárbaras del Norte observo que sobrepujan á sus compañeros en decisión, ceguedad, energía y vehemencia. Ningún ruso, que yo sepa, se ha suicidado por desesperación de que no le encarguen suprimir al zar, ó por lo menos á algún general, director de policía ó ministro. Para llegar á esta demostración suprema del valor, comparable á la de Arria cuando decía á su tímido marido «no duele,» arrancando de las entrañas el sangriento cuchillo, es preciso ser mujer, sentir la necesidad de probar que no se es débil, que la fortaleza no es patrimonio del varón, y que tal vez el vaso más delicado encierra el licor más potente y esencial.

Y así ha bajado al reino de las sombras esa alma trágica, á quien Dante admitiría en los círculos de su infierno. Ha bajado con el ceño fruncido, los puños crispados, la boca contraída, los ojos fieros y centelleantes. El hilo de sangre de su herida resalta sobre la palidez del rostro; y al hallarla sufriendo el suplicio de los «violentos contra sí mismos,» el poeta florentino deja caer sobre la feroz virgen eslava una mirada de compasión...

Como lady Macbeth, la rusa puede decir «para esta acción quiero quitarme mi seso.» ¿Qué tendrá aquel país de negra gleba y blancas nieves, que de tal modo exalta á sus hijos? Trasplantados los rusos á París, se creería que la ciudad, animada y tranquila

Enrique Farman, que con su aeroplano ha realizado recientemente en París la prueba del kilómetro del circuito aéreo ganando el premio Deutsch-Archdeacon de 50.000 francos. Véase la descripción en la página 66. (De fotografía.)

á un tiempo, laboriosa y prosaica, donde se come bien y se vive mejor, debiera aplacar su calentura y traerles al camino de la normalidad. París es un pueblo muy sensato, muy preocupado de intereses materiales, y donde, salvo algún que otro atentado anarquista, no se registran casos de insania política. Pero los rusos se traen en su samovar el espíritu de su tierra. Pasan por París como debieron de pasar por Corinto los apóstoles (salva sea la comparación, porque los apóstoles no intentaban hacer daño á nadie). Sólo están en París á fin de caer sobre el vasto Imperio; agazapados, aguardando la ocasión propicia.

Estos días se ha lamentado elegíacamente la clausura de Fornos, como si se tratase de la clausura de algún centro docente del cual saliese la luz para muchos cerebros y el consuelo y la dirección para muchas almas. Ni Boabdil despidiéndose de la Alhambra, ni los puritanos embarcándose en la *Mayflower*, han suspirado por lo que dejaban atrás, como los periódicos de Madrid suspiraron y gimieron por Fornos, que á decir verdad es el foco de los trasnochadores y el sitio donde se arman las juergas y las broncas, y no le conozco otro mérito especial al famoso café, ya vuelto á abrir y funcionando de nuevo, para tranquilidad de sus parroquianos y panegiristas.

Pocos años después de la Revolución de Septiembre, Fornos era todavía un sitio adonde se podía ir á cenar, *en bonne compagnie*. Señoras conocidas, gente de la buena sociedad, se iba allí después del teatro, y á nadie le parecía extraño ni inconveniente. Poco á poco, invadido Fornos por otra clase de público, perdió su clientela del gran mundo, y la adquirió literaria, política y alegre. Salió, para sus intereses, ganando; siempre estaba lleno Fornos, especialmente desde las doce de la noche á las cuatro de la madrugada. Y como el dinero no tiene blasón, yo comprendo que el popular café estuviese de enhorabuena.

Lo que desearía saber es la razón por qué, con tanta prosperidad, Fornos ha decaído y se ha visto envuelto en las redes del desahucio. Parece que, al contrario, deberían estar sus dueños nadando en oro.

¡Se han acabado los matrimonios por sorpresa! Con escelente acuerdo, la Iglesia ha declarado que no son válidos, á pesar de la teoría canónica de que, en este sacramento, los ministros son los contrayentes.

De diez veces nueve, el matrimonio por sorpresa consolidaba una locura, una chiquillada ó un cálculo interesado. De diez veces nueve, los que se unían así, á los pocos meses darían algo bueno por desunirse y quedarse como antes, libres, sueltos y señeros.

Matrimonio por sorpresa hubo en que los contrayentes no aguardaron ni esos pocos meses para echar cada cual por su lado. El caso fué curioso. Tratábase de una heredera, y el tutor rehusaba el consentimiento y la tenía medio secuestrada. Una mañana, escapóse de su casa la dama; el galán ya la esperaba en la iglesia, con dos testigos. «Sorprendieron» al párroco, y cátalos marido y mujer. Pero sucedió que el novio, al ver realizados sus deseos y todo según su voluntad, sintió un impulso de júbilo, y en la misma sacristía rompió á bailar, haciendo zapatetas, como Don Quijote en Sierra Morena. Ver la novia el baile y concebir por el novio una especie de repugnancia invencible, fué todo uno. Ella esperaba sin duda ese recogimiento, ese transporte silencioso que da la felicidad verdadera. Aquella coreografía la hirió, como hiere la ridiculez de lo que amamos. Y desde la sacristía misma, con un bien buscado pretexto, se reintegró á su casa, al lado de su tutor. El novio tuvo la debilidad de no sujetarla con sus brazos, de no arrebatarla consigo; y ya nunca más volvieron á reunirse en este mundo.

El novio agotó todos los recursos para hacer que su legítima esposa se uniera á él. Ella se negó tenazmente. De ahí un pleito monumental, que duró diez años lo menos. Al cabo, como el matrimonio no era sino nominal, como desde el instante de la boda no habían cambiado una palabra los cónyuges, fué abolido, y ambos contrayentes quedaron libres y dueños de sus personas, decisión que sólo tuvo el defecto de haberse hecho esperar demasiado, por la lentitud de tortuga de los procedimientos legales.

Otro matrimonio por sorpresa me refirieron y es, cuando menos, original... La escena pasó en la Habana. Un joven oficial de la guarnición llevaba amorosas relaciones con una criolla rica y guapa. Los padres de la novia se oponían con todas sus fuerzas, y dificultaban, no ya la boda, sino hasta las más rápidas entrevistas. Se celebró un baile en el palacio de la Capitanía general, y á él fué invitada la familia de la joven, y á él asistió, naturalmente, el oficial peligroso. Los padres de la hermosa vieron, no sin profunda alarma é indignación, que el oficial sacaba á bailar á su hija, y que ésta aceptaba, y que se perdían, enlazados, en el torbellino del vals. ¡Qué hubiesen dicho si supiesen que la pareja, cogida por la cintura, dando vueltas y más vueltas entre el gentío, había acabado por detenerse un momento solo ante el capellán del regimiento del oficial, que, grave, arrimado á una puerta, veía girar á los locos danzarines! El capellán de un regimiento es el párroco natural de todos los individuos que componen esta colectividad, y ante él, rápidamente, los enamorados murmuraron el «quiero por esposa...,» «quiero por esposo...,» que bastaba para consolidar la unión. El capellán, comprendiendo la ojeada suplicante y angustiosa del novio, vaciló un punto, y al cabo, vencido por la simpatía hacia su amigo y oficial, extendió los dedos y bendijo... Y al extinguirse la última cadencia del vals, al desceñirse los brazos de las cinturas, los dos enamorados quedaron tan casados como mis abuelos y mis padres, que es cuanto puedo decir de casamientos bien remachados y hechos según Dios manda...

La verdad es que todo esto era algo fantástico, y que el sabio y formal matrimonio del Concilio de Trento no debe andar en semejantes aventuras. No cuadran con su solidez, su seriedad y su empaque. Y como el casarse es cosa tan para pensada, cuantas más tranquillas se le pongan será mejor.

EMILIA PARDO BAZÁN.

CUENTO DE LOCOS Y DE AMORES, POR JOSÉ FRANCÉS

Dibujo de Opisso

Todas las tardes se sentaban en un rincón del jardín

Todas las tardes se sentaban en un rincón del jardín.

Jardín bravío, indómito, cuyas plantas nacían á su gusto como las ideas en los cerebros huérfanos de razón; que iban donde querían; que tenían fuertes enlaces con árboles de su agrado. El agua, el agua que se deslizó por serenos y lógicos cauces, ahora es como culebra de luz que argentea y surge y se oculta por aquí, por allí, por muy cerca, por muy lejos.

Una tapia alta y blanca le separa del patio amplio, enlosado, limpio, donde sólo surgen—oraciones negras—cuatro cipreses.

El patio es recreo de los locos peligrosos, para quienes el jardín pudiera ser caballo de ensueños y amor que da la muerte.

El jardín es recreo de los locos tranquilos, que se tienden boca arriba y en el cielo azul van leyendo.

A veces vienen del patio al jardín unos gritos extraños, unas canciones de bárbaro ritmo y una carcajada que parece rugido ó una voz hueca que declama tragedias y leyendas de conquista.

A veces también el viento empuja los árboles del jardín y unas ramas curiosas se asoman por sobre la tapia para retirarse en seguida, temblonas y rumorosas.

A las horas quietas y mansas del anochecer, la campana del manicomio enreda sus notas con las de las campanas que anuncian la oración en cercanas iglesias.

Por las frentes-sepulcro, por las frentes-volcán, pasa una sombra de tristeza. Los ojos que perdieron el ritmo de la paz lanzan su última mirada al cielo ó á la blancura de las tapias ó á los cipreses que se clavan en lo azul. Las bocas dicen su palabra obsesión, entregándola al aire quieto de la tarde.

Luego se forma el rosario de locos; entran en el edificio, vencidos y gemidores los unos, turbulentos y rebeldes los más.

Se iluminan unas después de otras las ventanas, y los labriegos que tornan de las tierras de labrantío, algunos mozos y mozas que vienen enlazados y con los labios presos, tal viejecilla que sube al monte por leña y cual chicuelo que baja con el haz sobre las espaldas, ven en la luz naranja, por entre los hierros negros de las ventanas, unas siluetas que pasan y repasan, con trajín de fiera cautiva, que permanecen de pechos sobre el marco, meditando extrañas meditaciones.

Todas las tardes se sentaban en un rincón del jardín.

Ella era la hija del director del manicomio. Él un poeta que amó el ensueño, que despreció la vida y á quien la vida castigó, desposándole para siempre con el ensueño.

Como de belleza y de luz era la locura, no preocuparon sus arrebatos y dejáronle vagar por el jardín y levantar alcázares en un rayo de luna y vestir pasiones con un rayo de sol.

No por miedo encerráronle en el manicomio, sino por compasivo cansancio. Al parco y terrero vivir de su familia no sentaba bien aquella flor de sinrazón. El doctor supo comprender la indefensa é inofensiva expansión de aquella alma y la dió la libertad del cuerpo y la dejó el consuelo de su misma hija.

Todas las tardes se sentaban en un rincón del jardín.

Él empezaba á hablar. Poco á poco, la corriente de su charla saltaba la espuenda del atinado hilván de palabras y se precipitaba por los campos floridos de la imaginación. Unas tierras las fecundaba y nacían lozanas flores y sanos arbustos y árboles que serían centenarios; otras tierras las agostaba y quedaba una decoración de alta muerte. ¡Qué importaba! Siempre era fuerza y era entusiasmo y era amor.

Al pasar de los días amoldáronse los espíritus, y Julia saboreó el encanto de Arturo y Arturo revió la antigua amante y amada. Él dijo sus ternuras y ella hizo de su corazón un estuche, guardando las joyas de aquellas ternuras.

El dijo en cierta ocasión:

—¿No sabes? Yo soy un rey viajero. Mi reino está muy lejano y allí no hay guerras porque no hay odios y no hay odios porque no hay hombres. Los pájaros tienen amores con las plantas, y de ellas nacen otras plantas y otros pájaros que durante la niñez son estrellas. Las estrellas juegan cuando sus padres descansan, y mientras unas corren por el cielo, las otras se bañan en las aguas de los lagos. Yo, como soy el rey, soy poliforme. Unas veces soy de mármol y me escondo en la tierra de otros reinos para que los hombres me descubran y me adoren. Otras veces me hago violín y corro á vibrar en manos de un monje músico; otras veces soy libro de versos y corro á temblar en manos de mujer. Y soy lirio, y soy cisne, y soy cúpula de bronce al morir la tarde. Ahora me fingí poeta para estrecharte las manos.

Y en otra ocasión:

—Si no lo cuentas á nadie, voy á decirte un secreto. He escrito un libro. Quince princesas me dieron la piel de sus manos para las treinta hojas. Cada estrofa lleva historiadas mayúsculas, como en los códices, y las he pintado con sangre de corazón. En unos alambiques de tallos verdes destilé el perfume de una sonata y rocié las hojas. Cogí el charco de sol que había en el campo cierta tarde de otoño é hice una encuadernación de oro. Los broches son de lágrimas. Una mariposa al morir entre las hojas de piel de princesa ha sido el artista ilustrador de mis versos. Te agradarán mis versos. Son rítmicos y suaves. Yo no rimo «ojos y rojos,» «amor y dolor;» yo rimo «la tarde que muere con la mujer que canta,» «las aves viajeras y mi melancolía,» «el tiempo y tus labios,» «tu risa y una campana de plata.»

Y en otra ocasión:

—Ayer hablé con el huracán y concerté nuestra fuga. Me dijo que su hermano el viento nos llevaría por sobre estas tapias hasta mi reino. Y—no lo digas á nadie—dejaremos aquí los cuerpos. Mi reino es el de los espíritus. Cada espíritu tiene su color; de ellos, azules, como palabras de paz; de ellos, rojos, como ideas de guerrero; de ellos, áureos, como traje de rey. Los nuestros son blancos, almitas claras como el agua y que como el agua reflejarán los cielos y los campos y las caras de niño y el vuelo de las golondrinas.

De este modo fué naciendo el amor en el alma de Julia, y una tarde, como una inspiración, como un despertar, como un semblante que se soñó y que nos habla, surgió en ella el convencimiento de que sería siempre de Arturo.

D. Juan, el director del manicomio, creía, como yo creo también, que el alma hace su nido en el corazón. Por ello cursó la ciencia de la vida como prólogo de la neuropatía. Decíanse de él curaciones portentosas y tan grandes, que alzábanse de la tierra para entrar vestidas de milagro en el cielo. Supo leer en el alma de su hija y la hizo acompañante del poeta, y cuando comprendió que el amor había nacido, los separó.

Empezó el tratamiento de Arturo. Tratamiento de ausencia, de soledad. Que el alma volviera á la razón por los senderos del desencanto. Así fué.

Algunas tardes se sentaron en el rincón del jardín.

El viento empujaba las ramas por sobre la tapia blanca y las ramas se apartaban temblonas y rumorosas. Vagaban y ondulaban canciones de bárbaro ritmo. La voz que declamaba tragedias de ensueño y leyendas de conquista, carcajada que era rugido. Sonaban las campanas del encierro con las campanas de la oración. Se iluminaban las ventanas y los labriegos y las viejas y los mozos novios veían las siluetas aferradas á los hierros negros.

Todo como en los días lejanos.

Arturo dijo en cierta ocasión:

—¡Si vieras, Julia, con qué fe y con qué esperanza trabajo ahora!.. Ayer estuve en Bolsa. Compré Interior, que estaba bastante bajo, y me aproveché de la subida de los francos. Mañana estoy citado con Hermida, ya sabes, aquel de Jaén: tal vez tengamos que hacer un viaje para el asunto aquel de las minas.

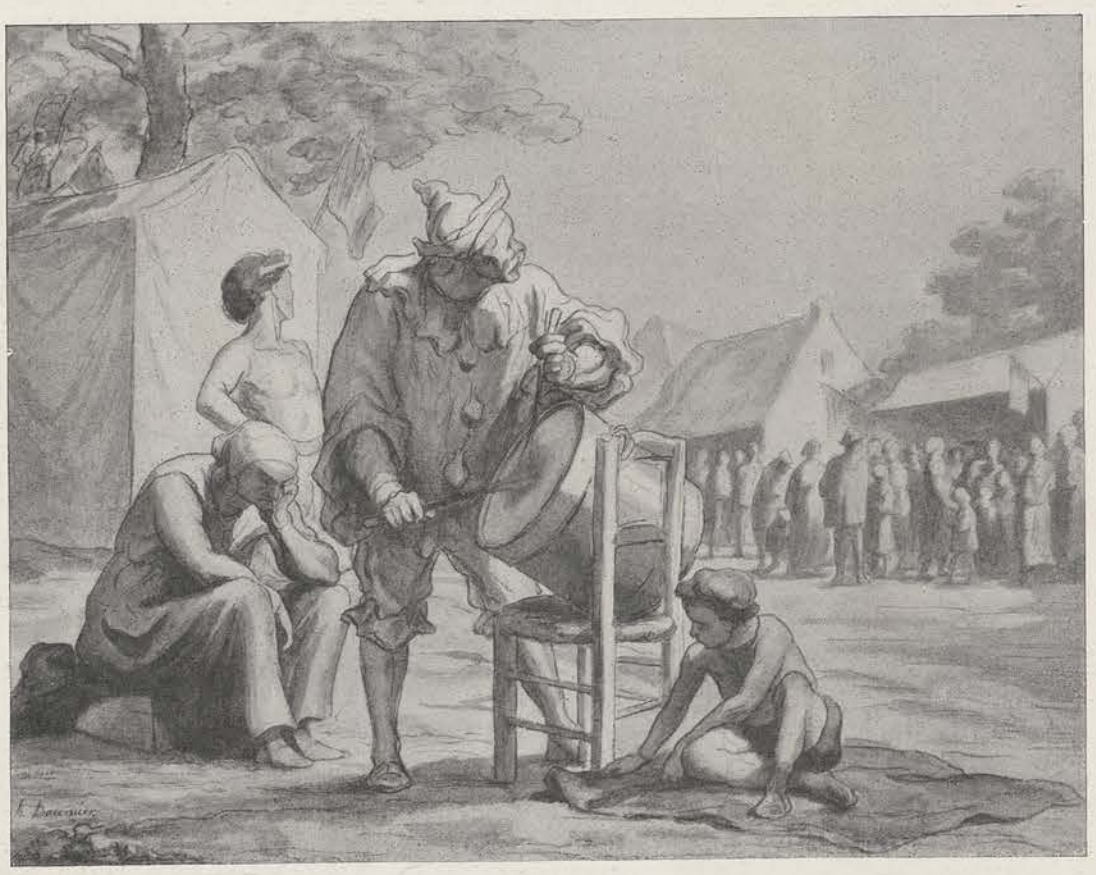
Y en otra ocasión:

—Por fin el mes que viene será la vista del crimen. ¡Tengo unos deseos de hablar! Realmente no es muy simpática la defensa de ese individuo que mató á su madre y prendió fuego al cadáver; pero se puede hacer algo... Ya veremos.

Y en otra ocasión:

—Ya está todo arreglado. Mañana vendrá mi padre y hablará con el tuyo respecto de la dote y no sé qué otras zarandajas. En cuanto se arregle todo nos casaremos, nenita. Ya comprendo que todos estos preliminares son poco poéticos. Pero ¡qué le vamos á hacer! No sólo de besos y de palabritas dulces se compone la vida.

Y de este modo fué muriendo el amor en el alma de Julia, y en una tarde, como una iniciación, como un cruel despertar, como un semblante que se hunde y desaparece después de haber sido claro y luminoso, surgió en ella el convencimiento de que nunca sería de Arturo.



Los saltimbanquis, dibujo de Honorato Daumier, que se conserva en el Museo Kensington, de Londres

Esperando el tren, dibujo de Honorato Daumier, que se conserva en el Museo Kensington, de Londres

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

III

Francisco Primaticcio. —Nació en Bolonia en 1490 y murió en París en 1570. Comenzó á darse á conocer por sus grandes composiciones decorativas, aprendiendo al propio tiempo á modelar y esculpir, ejecutando varias estatuas de apóstoles y frisos. Decoró, por encargo de Francisco I, el castillo de Fontainebleau, dedicándose á dibujar para trabajos de orfebrería, ornamentación, etc., y proyectar planos, contribuyendo al renacimiento artístico de Francia.

Julio Pippi.—Nació en Roma en 1492 y murió en 1546. Fué más conocido con el nombre de Julio Romano y uno de los discípulos predilectos de Rafael, á quien procuró imitar al principio de su carrera, adoptando después la vigorosa manera de Miguel Angel. Dirigió la construcción de la *Villa Madonna.* La debilidad en que incurrió, arrastrado por la corriente de su época, ejecutando algunos dibujos licenciosos, enemistáronle con el pontífice, trasladándose á Mantua, dirigiendo su fortificación, preservándola de las inundaciones y desecando los pantanos de las cercanías. En Bolonia proyectó la fachada de la iglesia de San Petronio. De regreso en la Ciudad Eterna, construyó varios palacios.

Lucas de Leyden.—Nació en Leyden en 1494 y murió en 1533. En sus juveniles años dióse ya á conocer como notable pintor y hábil grabador. Sus cuadros se distinguen por la viveza del colorido y por la riqueza y exactitud de la ornamentación. Deseoso de conocer á sus colegas flamencos, trasladóse á Middelburgo, en donde fué muy obsequiado, contrayendo allí la dolencia que dió fin á una existencia tan laboriosa, habiéndose llegado á suponer que fué envenenado por alguno de sus émulos.

Juan Holbein.—Nació en Basilea en 1497 y murió en Londres en 1543. Recibió de su padre las primeras enseñanzas, dando muy pronto muestra de sus excepcionales aptitudes, á cuyas circunstancias se debió que se le confiaran varios trabajos, entre ellos la celebrada *Danza macabra,* que pintó en una de las paredes del cementerio de su ciudad natal. Trasladado á Londres, Enrique VIII le dispensó su protección. Distinguióse en la pintura de retratos. Su labor fué verdaderamente extraordinaria. Murió en la plenitud de sus facultades, rico y considerado por todos, víctima de la peste.

Pedro Buonaccorsi.—Este notable pintor, llamado Pierino del Vaga, nació en Florencia en 1500 y murió en 1547. Fué discípulo de Ghirlandajo y colaborador de Rafael en el decorado de las famosas logias del Vaticano. Después del fallecimiento de Rafael trasladóse á Génova, en donde se le confió el adorno del palacio Doria. De regreso en Roma, pintó varios cuadros, entre los que merecen citarse *El nacimiento de Eva, San Juan en el desierto,* etc. Se le consideró, después de Miguel Angel, como el mejor dibujante de la escuela florentina.

Francisco Mazzuoli.—Nació en Parma en 1503 y murió en 1540. Llamósele el *Parmesano:* fué discípulo de sus tíos paternos Miguel é Hilario, á los que muy pronto sobrepujó. Se distinguió por haber sabido crear un género propio, caracterizado por la gracia en el dibujo y la suavidad del colorido. Fué asimismo uno de los más hábiles grabadores de su época, debiéndosele la introducción en Italia del procedimiento de los aguafuertes.

Jacobo Da Ponte.—Nació en Bassano en 1510 y murió en Venecia en 1592. Apellidósele *Bassano el Viejo* y tuvo por maestro á su padre. Fué un excelente pintor de la escuela veneciana, admirador de la naturaleza, pintando con singular verdad paisajes y animales. Sobresalió también en los retratos, citándose entre los más notables los de Ariosto y Tasso. En Italia conservase la mayor parte de sus cuadros.

Francisco Rossi.—Nació en Florencia en 1510 y murió en 1563. En sus primeros años dedicóse á la profesión de platero, trocando al poco tiempo los útiles por los pinceles. Tuvo por maestro á Bugiardini y en su taller contrajo estrecha amistad con Vasari. Obtuvo la protección del cardenal Sabiati y sucesivamente le dispensaron su apoyo el duque Cosme de Médicis, el cardenal de Lorena y el papa Pío IV, residiendo en Florencia, Venecia, Bolonia y Roma.

Gregorio Vasari.—Nació en Arezzo en 1512 y murió en Florencia en 1574. Fué biógrafo, arquitecto y pintor. Perteneciente á una familia de artistas, aprendió los principios del arte con el pintor Guillermo de Marsella y el dibujo con Miguel Angel, Andrés del Sarto y otros pintores eminentes. Dispensáronle su protección y simpatía varios duques de la familia de los Médicis y algunos pontífices.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

Francisco Primaticcio, italiano (1490-1570)

Julio Pippi, italiano (1492-1546)

Luca Leyden, irlandés (1494-1553)

Juan Holbein, alemán (1497-1543)

Pedro Buonaccorsi, italiano (1500-1547)

Francisco Mazzuoli, italiano (1503-1540)

Jacobo Da Ponte, italiano (1510-1592)

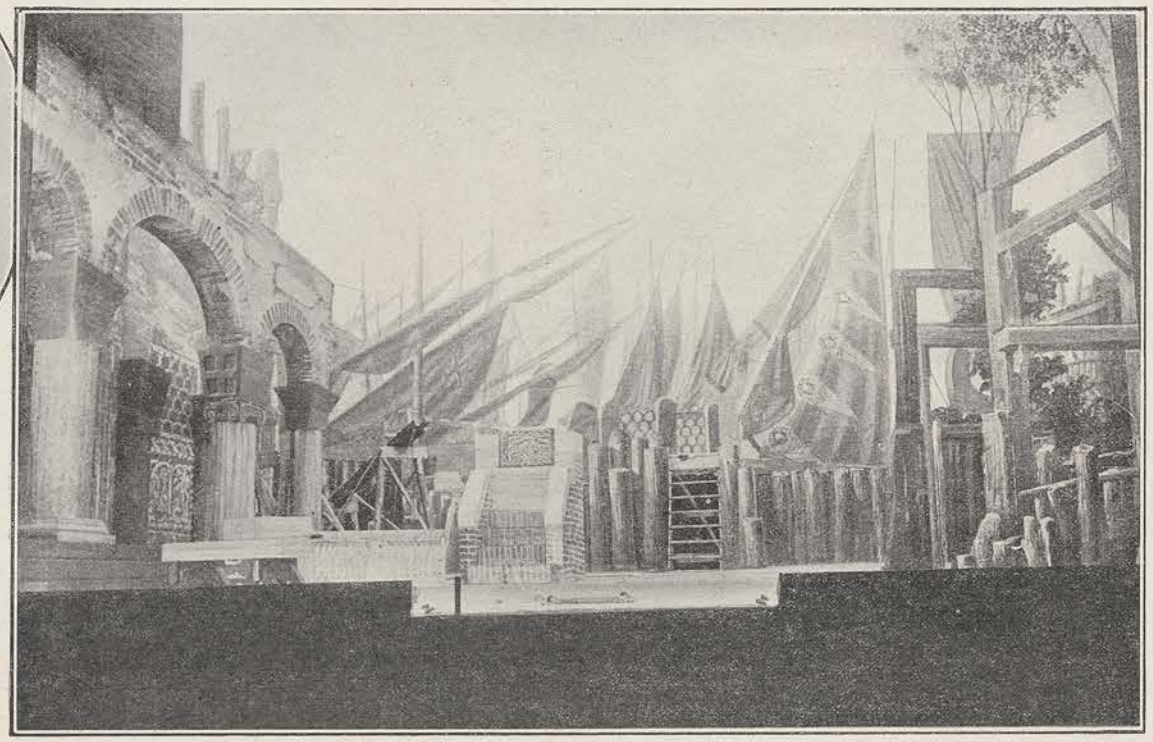
Francisco Rossi, italiano (1510-1563)

Gregorio Vasari, italiano (1512-1574)

LÁMINA. 3.ª—FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

LA NAVE, TRAGEDIA DE GABRIEL D'ANNUNZIO, estrenada recientemente en el Teatro Argentina de Roma

Gabriel d'Annunzio

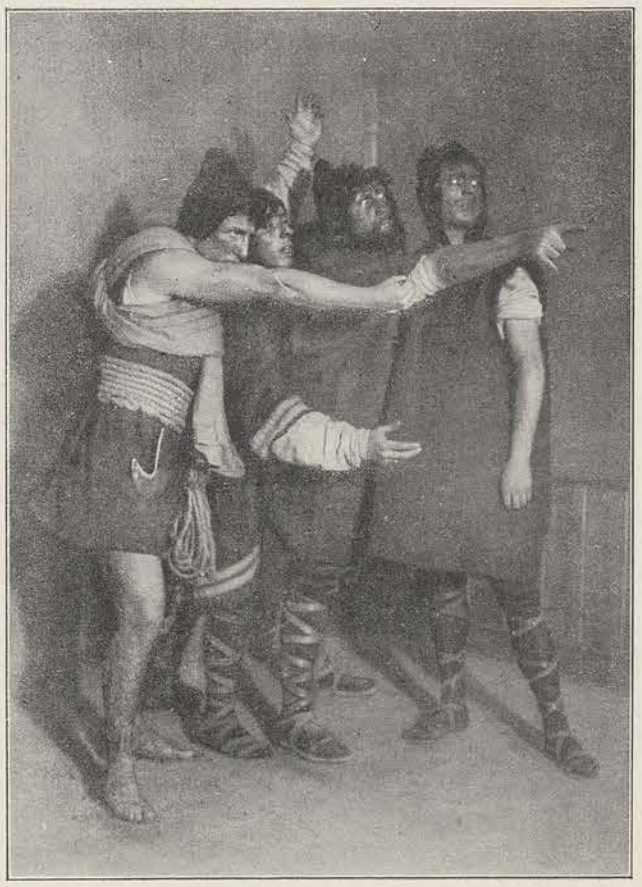


Prólogo.—Decoración del Arsenal

Desde hacía mucho tiempo, la intelectualidad italiana tenía fija su atención en la nueva tragedia del genial poeta y el público de Roma esperaba con ansia el estreno de la obra. Sabíase que el famoso actor Caravaglia había puesto especial empeño en la representación y que la empresa del Teatro Argentina no había escaseado medios ni perdonado esfuerzos para presentar *La Nave* con todo el lujo y la propiedad que la última creación de d'Annunzio merecía, contratando más de veinte actores, aparte de los numerosos que componen de ordinario la compañía, reforzando el cuerpo de comparsas con una importante masa de doscientos individuos, confiando al celebrado escenógrafo Liverani el complicado decorado y al reputado especialista Duilio Cambellotti el dibujo de los innumerables objetos accesorios, tales como cruces, custodias, candelabros, facistoles, misales, etc.

Un mes antes del estreno ya estaban tomadas todas las localidades, habiendo llegado á pagarse doscientas liras por una butaca. Los periódicos dedicaban artículos y sueltos á los ensayos y preparativos escénicos, conviniendo todos en que la representación de la tragedia constituiría un grandioso acontecimiento teatral. El poeta conferenciaba frecuentemente con Caravaglia y dirigía personalmente los últimos ensayos, y los *reporters* aguzaban su ingenio para anticipar noticias sobre los pormenores de la *mise en scene*, metiéndose en los estudios de los artistas, visitando los talleres del sastre Gentili y deslizándose entre bastidores para sorprender y divulgar luego lo que la dirección escénica quería mantener secreto.

Basiliola (Sra. Paoli)



El pueblo de la futura Venecia

Las noticias de los ensayos, sobre todo del general, eran contradictorias, según el punto de vista en que se colocaban los que á ellos habían asistido; para unos *La Nave* sería una revelación superior á cuanto podían esperar los más optimistas; para otros había de ser el mayor de los fracasos. Y de estas noticias salían acaloradas discusiones, en las que la pasión se sobreponía á la serenidad y se anticipaban juicios y se hacían profecías sobre la manera cómo el público acogería esa nueva obra de uno de los literatos más grandes y por ende más discutidos, y que tiene admiradores entusiastas, fanáticos, y adversarios encarnizados.

La publicación de la tragedia había permitido conocer y apreciar su valor literario, que la crítica había ensalzado extraordinariamente; pero tratándose de creaciones destinadas á la escena, no basta esto, sino que es preciso que la obra tenga valor teatral.

Llegó la noche del estreno. Desde las primeras horas de la tarde, el público invadió las localidades y, poco antes de empezar la función, la sala del Argentina ofrecía un aspecto deslumbrador. Toda la alta sociedad de Roma, las eminencias literarias, artísticas, el mundo elegante, cuanto puede dar brillantez sin igual á un espectáculo, habíase dado allí cita, presidido por los reyes de Italia.

Comenzó la representación, y desde las primeras escenas el público se sintió arrastrado por el genio del poeta. El entusiasmo fué creciendo á medida que la acción de la tragedia se desarrollaba y al final de cada acto d'Annunzio fué objeto de grandes ovaciones, que al terminar la obra se convirtieron en uno de los más colosales triunfos que en los anales del teatro se registran.

De esas ovaciones participaron los intérpretes de la obra, en especial la primera actriz Sra. Paoli, los actores Caravaglia y Galvani, el maestro Ildebrando da Parma, que ha escrito para *La Nave* algunos inspirados números musicales, y, en una palabra, cuantos han colaborado en la representación de la última creación de d'Annunzio. —R.

Sergio Gratico (Sr. Ciro Galvani)

(De fotografías de Carlos Abeniacar.)

PARÍS.—UN PROCESO CÉLEBRE

LA FABRICACIÓN DEL DIAMANTE

A fines del año 1905, un ingeniero francés, M. Lemoine, que aseguraba haber descubierto la fabricación artificial del diamante, púsose al habla con el rico financiero sudafricano M. Julio Wernher, director de la Compañía De Beers, explotadora de minas diamantíferas, quien, en previsión de los perjuicios que pudiera acarrear aquel descubrimiento, en caso de ser cierto, quiso asegurarse la exclusiva posesión del secreto del supuesto inventor. M. Lemoine realizó, por medio de un horno eléctrico y en presencia de M. Wernher y de dos personas expertas, algunos experimentos que dieron el mejor resultado; y en vista de ello convínose que M. Wernher entregaría á M. Lemoine los fondos necesarios para construir en Argelés, cerca de Pau, una fábrica destinada á la producción del diamante en grande escala.

Construyóse, en efecto, la fábrica, pero como M. Lemoine fuese aplazando su inauguración, M. Wernher, que había entregado la cantidad de 1.671.000 francos, entró en sospechas de que era tal vez víctima de una estafa, y envió desde Londres, en donde reside, á París á uno de los administradores de la citada Compañía, M. Hoats, para que delante de él efectuara aquél nuevos experimentos. Así lo hizo M. Lemoine, y en su laboratorio de la calle de Lecourbe procedió á la operación, de la que resultó un pequeño diamante. Pero es el caso que este diamante, según ha declarado M. Hoats, era el mismo que él había introducido subrepticiamente en el crisol durante la prueba y que se había licuado. De regreso en Londres, expuso lo sucedido á M. Wernher, manifestándole su convencimiento absoluto de que se trataba de un engaño.

M. Wernher entonces exigió de M. Lemoine que le descubriera su secreto; negóse á ello el ingeniero, alegando que, según habían convenido, la fórmula de la fabricación constaba en un pliego depositado en un Banco de Londres y que no podría aquél abrir hasta después de la muerte del inventor. En su consecuencia, M. Wernher presentó ante los tribunales de París querella criminal contra M. Lemoine, y decretada la prisión de éste, han comenzado las diligencias conducentes al esclarecimiento del hecho. En la primera diligencia, practicada el día 11 de este mes, comparecieron ante el juez los dos interesados con sus abogados respectivos, y después de explicar, cada cual á su modo, por supuesto, lo que dejamos relatado, M. Lemoine propuso que él depositaría en un Banco, que su contrario designase, todo el dinero que posee y además 750.000 francos en varios valores y que si, después de los experimentos que realizase, se probaba que era un impostor, dinero y valores serían para M. Wernher; pero que, en caso contrario, éste le indemnizaría de los daños y perjuicios que le ha ocasionado.

M. Wernher aceptó esta proposición y se ofreció, á su vez, á depositar 400.000 francos en un Banco para indemnizar á M. Lemoine, si éste realmente demostraba que su secreto era una verdad. Mas para efectuar la prueba, exigió el inventor que lo pusieran en libertad, en lo que no quiso consentir el querellante; para obviar esta dificultad, el juez propuso que tres personas peritas, M. Bordas, director del Laboratorio central de Ministerio de Hacienda, M. Kling, doctor en Ciencias, profesor de la Escuela de Física y Química, y M. Pinier, perito lapidario parisiense, practicasen los experimentos necesarios bajo la dirección de M. Lemoine, pero éste se negó en absoluto diciendo que, como tiene manifestado repetidas veces, la operación no siempre sale bien, y que si la prueba realizada en tales condiciones no diese resultado satisfactorio, se le podría tachar seriamente de impostor. Ante esta negativa, propuso el juez que fuese el mismo Lemoine quien realizase el experimento en presencia suya y de los citados peritos; esta proposición parece que ha sido aceptada por el procesado, con la condición de que han de dejarle operar en su fábrica. De este modo podría salirse de dudas, desde el momento en que M. Bordas ha declarado que adoptará todas las medidas necesarias y que tiene la seguridad absoluta de no ser víctima de una supercheria.

No todo en el proceso son pruebas contrarias al acusado; en él ha declarado, en efecto, M. Jackson, otro rico capitalista á quien aquél se dirigió cuando M. Wernher se negó á facilitarle más dinero, y este testigo ha explicado cómo Lemoine fabricó en dos ocasiones distintas, delante de él y de otras personas, diamantes que fueron aceptados como excelentes por un comerciante en piedras preciosas de Londres y por dos peritos de la expresada Compañía De Beers, habiendo estos dos últimos llegado hasta á determinar de qué mina procedían. Y M. Jackson, al explicar las dos pruebas por él y sus amigos presenciadas, afirma que Lemoine no tocó los ingredientes ni los aparatos utilizados en el experimento, habiendo él mismo pulverizado é introducido aquéllos en el crisol y cerrado éste herméticamente; y que al retirar y romper, no sin grandes esfuerzos, el crisol, apareció en el interior una substancia cristalizada que contenía de 20 á 30 diamantes la primera vez y hasta un centenar la segunda. M. Jackson, en suma, está convencido de que Lemoine ha descubierto realmente el secreto de la fabricación del diamante.

Y M. Armstrong, uno de los que presenciaron las pruebas, ha afirmado á un corresponsal de un diario inglés, que le ha interrogado en Montecarlo, el mismo convencimiento absoluto que M. Jackson.

El juez, para aclarar el misterio, pensó en pedir á Londres el documento allí depositado, pero para evitar esto, á lo que se opone terminantemente el procesado, pues con la apertura de aquél el secreto se divulgaría, han hecho un viaje á la capital de Inglaterra la esposa de Lemoine y un abogado, y además el defensor ha demostrado al juez que no podía ordenar tal diligencia, por oponerse á ella la voluntad de los interesados, consignada solemnemente al hacer el depósito.

En este estado se halla actualmente este asunto que apasiona á todo París y del cual se ha ocupado accidentalmente la Academia de Ciencias, en donde se han recordado á este propósito los experimentos del ilustre Moissán.

¿Habrá perfeccionado Lemoine el procedimiento de aquel ilustre químico? ¿Habrá descubierto otro más sencillo ó más perfecto? ¿Se trata de un gran invento ó de una colosal estafa? Poco hemos de tardar en saberlo.—S.

París.—El proceso de la fabricación del diamante.—Lo que ha quedado del laboratorio de M. Lemoine de la calle de Lecourb, que actualmente está en vías de demolición. A la izquierda se ve el reostato y detrás uno de los cables.

Local en donde estaba instalado el horno de M. Lemoine. (De fotografías de Branger.)

París.—El Mokri, enviado especial y ministro de Hacienda del sultán que, después de haber estado en Madrid, ha visitado la capital de Francia para contratar un empréstito por cuenta de Abd-el-Aziz. A su izquierda, su secretario; á su derecha, el intérprete. (De fotografía de Branger.)

JOSÉ M.ª MARQUÉS Y ALGUNAS DE SUS MÁS RECIENTES OBRAS

Los bebedores, cuadro de Federico Fehr. (Exposición de Arte alemán de Colonia. 1907.)

Retratos de los hijos de Mr. A. W., grupo pintado por Juan S. Sargent

PARÍS

CESTOS DE PAPELES EN LAS VÍAS PÚBLICAS

La falta de limpieza en las calles es una de las cosas que hacen formar peor concepto de una población y de las que más contribuyen á quitar importancia á las bellezas que en los otros órdenes de urbanización pueda aquélla atesorar. De aquí la solicitud con que todos los Ayuntamientos conscientes de sus deberes atienden á la policía urbana, adoptando las disposiciones convenientes, no sólo para limpiar bien y frecuentemente la vía pública, sino además para evitar que la gente la ensucie sin necesidad. Para esto último puede la autoridad recurrir á medidas directas, prohibiendo arrojar ó depositar en la calle ciertas materias y castigando á los infractores de tal prohibición; ó indirectas, facilitando á los ciudadanos los medios de cumplir con el menor esfuerzo posible lo que las ordenanzas disponen y aun de abstenerse de actos que, sin caer dentro de éstas, redundan en perjuicio del buen aspecto de la ciudad.

París.—Cestos de bronce instalados en las principales vías para arrojar en ellos los papeles inútiles. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

En este sentido merece aplauso el acuerdo del municipio parisiense de instalar en las principales vías de aquella capital unos cestos de bronce en donde los viandantes echen los papeles en vez de tirarlos al suelo. En París, como en todas las grandes ciudades, la distribución de prospectos en las calles de más tránsito alcanza enormes proporciones; estos prospectos casi todos van á parar al arroyo, y pisoteados por la multitud, mojados por la lluvia ó por la humedad, acaban por ser una verdadera porquería que cuesta mucho tiempo y trabajo recoger. Con los cestos colocados de trecho en trecho, en la forma que el adjunto grabado indica, es de esperar que el mal irá disminuyendo poco á poco y no tardará en desaparecer en absoluto. En los primeros días, los guardias municipales invitaban cortésmente al público á dejar en aquellos receptáculos los papeles que instintivamente iba á tirar al suelo, y la inmensa mayoría de las gentes atendían aquella indicación; hoy ya son pocos los que espontáneamente no utilizan los cestos.

Y si la costumbre al fin se impone, como es de suponer, mucho habrá ganado París con esta mejora, á primera vista insignificante.

EL AEROPLANO FARMAN

Y EL PREMIO DEUTSCH-ARCHDEACON

En el número 1.359 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta del éxito satisfactorio de las pruebas realizadas por Enrique Farman con el aeroplano de su invención. Esas pruebas, que entonces le valieron varios pequeños premios del Aero-Club y del Aviation-Club de Francia, por haber batido el *record* de los aparatos de su clase, no eran más que ensayos para aspirar al gran premio de 50.000 francos instituído por los señores Deutsch y Archdeacon, para el que con un aparato más pesado que el aire recorriese de una vez un circuito aéreo de un kilómetro.

El día 13 de los corrientes, después de dos ensayos hechos dos días antes, declaró Enrique Farman que estaba dispuesto á realizar la prueba oficial, en el terreno de maniobras de Issy-les-Moulineaux y en presencia de la competente comisión del Aero-Club de Francia. Poco antes de las diez y media, montó el aeronauta en su aeroplano, hizo funcionar el motor, giraron las hélices y el aparato se deslizó rápidamente por el suelo, hasta que al llegar á las banderolas que señalaban el punto de partida, se elevó á seis metros y conservando un perfecto equilibrio, emprendió un hermoso vuelo con una velocidad de 50 kilómetros por hora. Así recorrió en línea recta 500 metros y al hallarse en el sitio en donde otras dos banderolas indicaban el punto de virada, elevóse á una altura de 12 metros, Farman hizo funcionar el timón, y el aparato, describiendo una curva perfecta, de sólo 60 ú 80 metros de diámetro, dió la vuelta, marchó hacia el punto de salida y fué á posarse 100 metros más allá de éste suavemente, sin sacudidas y con una precisión asombrosa. Había recorrido el kilómetro de la prueba en un minuto y 26 segundos, y había ganado, por consiguiente, el valioso y disputado premio.

Ocioso es decir que el aeronauta fué objeto de una ovación entusiasta; los Sres. Deutsch y Archdeacon le felicitaron y abrazaron efusivamente, y el público lo llevó en triunfo.

Enrique Farman se propone ahora ir á Inglaterra para correr la milla inglesa en línea recta (premio de 25.000 francos) y luego á Bélgica para tomar parte en el concurso para el gran premio de 50.000 francos. Y del mismo modo se propone concurrir, si es que se realiza el pensamiento de la copa de 100.000 francos concedido por M. Archdeacon, á la prueba que se organice para ganarla y que consistirá en recorrer una distancia de 25 kilómetros en circuito cerrado.

La victoria de Farman señala una etapa decisiva en la conquista del aire y constituye uno de esos grandes acontecimientos que marcan época en los anales de la ciencia.

París.— Enrique Farman realizando en su aeroplano la prueba del kilómetro en circuito cerrado que le ha valido el premio Deutsch-Archdeacon de 50.000 francos. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA — *Salón Parés.* — Los dibujantes caricaturistas que colaboran en el semanario «¡Cu-Cut!» han expuesto en este salón los dibujos que figuraron en la exposición de caricaturas celebrada hace poco en Madrid y de la cual nos ocupamos en el número 1.348 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Cornet, Apa, Junceda, Llaverías y Opisso han demostrado una vez más las excepcionales aptitudes que poseen para el género á que especialmente se dedican; todos ellos han expuesto verdaderas obras maestras. Presidían la exposición algunos dibujos magistrales de los difuntos artistas catalanes Fortuny, Padró, Pellicer y Planas, pertenecientes á la colección del señor Casellas.

En el propio Salón se han expuesto últimamente varios cuadros de Colom, notables por su sinceridad, por su luz y su colorido, y entre los que sobresalen la *Casa de las Rosas* y la *Plaza de Pollensa;* una numerosa colección de bellísimas acuarelas de plantas y flores de Josefa Teixidor; cuatro buenos dibujos al carbón de Ferrer y Pallejá y unas estatuas de Cardona.

Salón Dalmau. — La colección de caricaturas del joven dibujante José Mompou es muy notable y revela una personalidad artística. La característica de estas composiciones, simbólicas muchas de ellas, es el acierto con que en ellas ha sabido el artista fijar, por decirlo así, el movimiento.

El Descendimiento de la Cruz, célebre cuadro de Van Dyck, de un valor inapreciable que se conservaba en la iglesia de Nuestra Señora de Courtrai (Bélgica), de donde ha sido robado recientemente. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

Espectáculos.— BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La reina vella*, obra lírica en un acto y tres cuadros, letra de Angel Guimerá, música del maestro Morera, con decorado de Comelerán; y en Romea *La presentalla*, drama en tres actos de Apeles Mestres. En el Liceo se ha cantado la ópera de Thomas *Hámlet*, que ha sido un nuevo triunfo para el eminente barítono Sr. Battistini.

MADRID. — En el teatro de la Princesa se ha conmemorado el centenario del nacimiento de Hartzenbusch con la representación de *Los amantes de Teruel*, en cuyo desempeño sobresalieron la Sra. Cobeña y el Sr. Morano. En el Real se han cantado *Rigoletto* y *La Tosca;* en ambas han sido muy aplaudidos el tenor Anselmi y el barítono Rufo Titta, que ha hecho dos verdaderas creaciones de los personajes de Rigoletto y Scarpia.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

Alegre se dejó amarrar riéndose

Su naturaleza, sensible como una placa de colodión, al momento traducía en acciones reflejas la impresión recibida. Más que alegre, era fácil de contentar: bastábale un poco de libertad para su cuerpo y un poquito de ternura para su alma; lo demás no tenía valor á sus ojos.

Y poseía las dos cosas. Amaba los viajes, adoraba el mar, y viajaba ahora por el mar. Tenía sed de un poco de cariño y había encontrado el mejor de los padres, que lo anegaba en cariño.

Un día miraba desde el puente la arriesgada maniobra de un gaviero, que trepado en los obenques tomaba un rizo con viento bastante fuerte.

—¡Qué hermoso es ser marino!, exclamó entusiasmado por el mismo peligro, que no podía medir.

—¡Oh! ¿Te gusta? ¡Es más difícil de lo que parece!, díjole el tío Delfín.

—Quisiera serlo, aunque fuera difícil.

—¿Quieres que te enseñe el oficio?

—¡Oh, tío Delfín! ¡Ya lo creo!

—Pues no tienes más que levantarte todos los días antes de que salga el sol, y poco á poco, mientras dure el viaje, te iré enseñando algo.

—¿Algo no más?

—¡Chico, qué buenas disposiciones tienes! Digo algo, porque aunque tú quisieras aprenderlo todo y yo enseñártelo, no nos sería posible.

Al otro día Alegre, gozoso como un pájaro, levantóse lo más temprano que pudo; el tío Delfín lo esperaba.

La lección comenzó: todo consistía por el momento en enseñarle el nombre de las diferentes partes del buque y la manera de trepar á los palos.

Habían pasado unos pocos días, y ya Alegre, más ágil que una ardilla, subía y bajaba como flecha por los obenques, trepaba hasta la punta de los palos, cogía un rizo, orientaba una vela y hacía, en fin, el oficio de un gaviero en cuanto se lo permitían sus fuerzas.

Como la calma absoluta inmovilizaba al barco, que parecía anclado en medio del mar, con la venia del capitán para completar la educación de su discípulo, el viejo marinero largaba un bote, se embarcaba en él con el muchacho, y dando vueltas alrededor del *Santa Ana*, le enseñaba á remar y á nadar.

—Lo que siento es que esto no va á durar mucho, dijo una tarde el tío Delfín á Alegre.

—¿Sí, por qué?

—Porque hoy la mar se ha levantado de mal humor, respondió el marino, aspirando con avidez el aire y hundiendo sus miradas en el horizonte, como si quisiera arrancarle sus secretos.

Hacia la caída de la tarde el calor hízose sofocante; se respiraba con dificultad; los perros jadeaban y parecían inquietos.

—¡Calma chicha!, murmuró el tío Delfín; buen baile vamos á tener esta noche; muchacho, vas á ver cómo la mar se sacude las pulgas; mal cariz trae aquel rincón.

Y señalaba el Sudeste, que iba enturbiándose con cenicientos vapores.

El mar, hasta entonces entumecido, comenzó á hincharse, como si su organismo gigantesco despertara del letargo. No eran montes de agua los que se alzaban, sino lomas inmensas de un color sucio, plomizo; movíanse lentamente, como un ejército de enormes ballenas que se desperezasen al sol, y llenábanse de tumefacciones negruzcas, que luego reventaban, cubriendo con una espuma amarillenta el arrugado lomo de la ola.

No corría un soplo de aire, pero aquellas extrañas palpitaciones hacían cabecear al bergantín.

—¡Mar de fondo, Alegre! No tardará el huracán.

Y en efecto, no tardó.

Primero fué un aleteo de la brisa que despertó las soñolientas velas; después un torbellino que cogiendo de improviso al barco le hizo dar un bote, como un corcel que siente de pronto el aguijón del acicate.

—¡Riza mayores!, ordenó el capitán.

El tío Delfín permaneció en el timón.

En pocos minutos el cielo se cubrió enteramente de nubes parduscas, que volaban rozando con sus vientres fríos y viscosos la superficie de las olas; una gasa de niebla envolvió el buque; no parecía sino que había caído en el fondo de una enorme caldera donde bullían vapores informes.

Después, sintióse el bofetón del huracán; el barco se incorporó lastimado; gimió la arboladura, crujieron las velas y empezó aquella carrera loca, frenética, desatentada, del barco que quiere huir delante del huracán que lo persigue, fustigándolo, aguijoneándolo, espoleándolo por la popa, exasperado él mismo al ver que esquiva sus golpes y burla sus celadas.

En los preparativos de la tormenta había llegado sin sentirse la noche: serían las nueve.

El viejo marino creyó peligrosa la presencia del muchacho, que permanecía en el puente al lado de él, asido con uñas y dientes á una escala de cuerdas.

—Es bueno ya que vayas á dormir, díjole.

—No, tío Delfín; déjeme usted, quiero ver.

—¿No tendrás miedo?

—¿Tendría miedo Enrique?, preguntó por toda respuesta el negrillo.

La valentía del muchacho agradó al contramaestre. Llamó á un marinero y le dijo que lo amarrara con una driza á la escala. Alegre se dejó amarrar riéndose.

—Ahora no hay peligro, muchacho, de que te lleve una ola.

—¿Y Tell?, preguntó el chico, ¿habrá que atarlo á él también?

Pero Tell no se dejaba atar, y tuvieron que encerrarlo en la cámara donde se había refugiado toda la Compañía acrobática con su director.

Libre ya de temores por el chico, el contramaestre concentró sus cinco sentidos en la maniobra del timón, que bien lo necesitaba. Tenía que guiar el barco por entre aquel revoltijo de olas, grandes y erguidas como cerros las unas, chatas y arrugadas las otras; tenía que evitar los golpes de las primeras y remontar las segundas, cuando no podía bordearlas. Las enfilaba y dejaba que el bergantín, hundiendo valerosamente la proa en sus turbias aguas, escalase sus arrugados flancos, cabalgase un instante sobre su arqueado lomo, dejándose llevar por la misma ola, ó se precipitase como una flecha por la opuesta ladera.

Tenía también que huir el cuerpo á los maretazos que le asaltaban por la popa. A pesar de su destreza, érale imposible evitar que al menos parte de las moles de agua que perseguían al bergantín no cayeran sobre el puente, barriéndolo de punta á punta, y huyendo á proa á buscar salida por los escobenes, que la vomitaban al mar convertida en torrentes de espuma.

La noche era obscurísima; las nubes parecían esponjas empapadas en tinta; en el buque no había más luz que la que alumbraba la brújula en el puesto del timonel; las de posición, sacudidas por los golpes de mar ó por el viento que habían deshecho los faroles, hallábanse apagadas.

Sólo de tarde en tarde, después de un trueno horrísono, desgajábase de las nubes un rayo, para hundirse en las olas, como una espada incandescente.

Pero no sé qué extraña fosforescencia tenían aquellas olas blanquecinas, que hacía resaltar más los tonos obscuros y pavorosos del sublime espectáculo.

Añádase á esto los gritos del huracán que rugía como león herido, y apenas se podrá imaginar la milésima parte de la escena.

Era un alarido tenaz, prolongado, continuo, con inflexiones bajas y sordas unas veces, y otras agudas y altísimas, como si el viento recorriera uno tras otro los cañones de un órgano, ó como si soplara en un inmenso caracol, acercando ó alejando su embocadura.

Era la conversación del huracán con el Océano; era Eolo contando sus secretos, sus angustias, sus desesperaciones á Neptuno.

Y el tío Delfín lo escuchaba todo, parecía entender el lenguaje del abismo y sonreía.

Alegre, al verlo, impregnábase de la misma intrepidez del viejo lobo, y se sentía capaz de todos los heroísmos.

—¿No tienes miedo?, preguntóle el contramaestre en un momento de tregua que se tomaba la enronquecida garganta del huracán, para seguir con sus lúgubres aullidos.

—¡Miedo, bah! ¿Tendría miedo Enrique?

—Lo digo porque...

Alegre no pudo oir el resto de la frase porque un trueno espantoso hizo vibrar el buque desde la quilla hasta las cofas, como si hubiera sido de cristal y lo hubieran tocado con un arco de violín.

Aquella fué la señal para que las nubes volcaran á torrentes sus repletas ánforas. La lluvia comenzó á caer en sábanas cerradas y frías; era un mar que caía sobre otro mar.

—¡Bah! Ya tenemos á la tormenta derrotada, murmuró para su coleto el contramaestre.

Y en efecto: al amanecer amainó el viento; saltó

un cuarto hacia el Norte, quedando convertido en una brisa bastante fresca, que hinchaba alegremente las velas del bergantín, arrastrándolo con la velocidad de diez nudos por hora.

Cesó la lluvia y á las ocho de la mañana apareció un sol de otoño, tibio, brillante, asomando su disco con curiosidad para observar la tierra por entre las desgarraduras de una niebla espesa que se había levantado del mar, para disiparse poco después.

Las olas, hasta entonces embravecidas, fueron trocando su furia en mansedumbre, y arrastrándose dulcemente para besar las maderas del barco que horas antes habían abofeteado.

—¡Se duermen!, murmuró Alegre al ver sus mansos movimientos.

—Están cansadas del baile de anoche, respondió el contramaestre, y tienen sueño, como tú, Alegre, ¿no es cierto?

Sí, Alegre tenía sueño; estaba molido de aquella tremenda noche.

El tío Delfín lo conoció, sin que se lo dijera, en el semblante mustio del muchacho; hízole dar su acostumbrado desayuno, lo llevó á su propio camarote y lo acostó en su cama.

—Duerme, chiquillo, le dijo al despedirse; la cama no será muy blanda, pero es mejor sin duda que la que has tenido hasta ahora.

No era, en efecto, muy blanda; pero al pobre muchacho, acostumbrado á dormir al raso, le pareció un nido de plumas tan delicioso que, á los pocos minutos, rendido por el cansancio ó por el halago del lecho, ó por ambas cosas á la vez, se quedó profundamente dormido. A las doce del día el capitán tomó la altura del buque.

—Pasado mañana, dijo al *signor* Bertoni, estará usted sano y salvo en tierra firme; y mi barco, añadió en voz baja, libre de sabandijas.

El sol de la esperanza lució nuevamente para el pobre director, cuyo rostro era aún fiel trasunto de las angustias pasadas durante la tempestuosa noche.

Estaba cansado, molido, hastiado, aburrido, infinitamente aburrido de andar flotando en una cáscara de nuez á la disposición de las olas, que no respetaban en él al antiguo barítono de teatros ambulantes.

Por otra parte, las provisiones contratadas con el capitán tocaban ya á su fin, y temblaba á la sola idea de tener que desembolsar algunos cuartos más para alimentar á los granujas de sus discípulos.

—Preferiría echarlos al mar, se dijo el bondadoso director, respondiendo á una consulta que se hiciera á sí mismo.

VI

EL ÚNICO AMIGO

Dos días después, á las diez de la mañana, dibujáronse en el horizonte, ante las hambrientas miradas de Bertoni, las anheladas costas de América.

—¡Bravo!, gritó el italiano con toda la fuerza de sus pulmones.

Y en su radiante alegría entonó una marcha triunfal, de cuyas notas protestaba su desvencijada garganta.

—¡Diavolo!, dijo al dar falsete; me he puesto ronco. ¡Malo! No conviene á un cantor hacer su entrada en una ciudad desconocida sin que sus cuerdas vocales puedan dar con toda precisión el *do* de pecho. ¡Bah!, añadió tranquilizándose. En Buenos Aires sólo tendré por auditorio una colección de indios adornados con vistosas plumas, y entre indios todo va bien.

Alegre, al ver las costas de América, sintió que algo le hormigueaba en el corazón.

Iba á verse lanzado de nuevo al torrente del mundo; su débil barquichuelo, sin timonel que lo condujese, iba á ser juguete de las olas.

Golondrina errante, iría en alas de los vientos á perderse en desconocidas lejanías.

¡Pobre niño! Solo en el mundo, sin patria, sin hogar, sin padres, volvería á vagar de ciudad en ciudad, de país en país, para ganarse el pan y el albergue de un día. ¿Adónde lo arrastraría la fortuna?

Alegre comprendió que se desmoronaba el edificio de su dicha, de aquella dicha inmensa que disfrutaba á bordo, bajo el amparo cariñoso del tío Delfín. Sintió que su pecho se levantaba en un ahogado sollozo y que una lágrima temblaba en sus párpados: conoció que iba á llorar.

Entonces se acordó de que el contramaestre le dijo algunos días antes que, al irse, fuera en su busca.

—¡Vamos, hijo mío! ¿Has visto ya las costas de América? ¡Ah! ¿Lloras? ¡Pobrecillo! Comprendo, comprendo, Alegre, pobre niño mío...

Y el viejo lobo, conmovido, acariciaba al niño, que lo miraba con sus grandes ojos llenos de lágrimas.

Seguido del muchacho, entró en su camarote, sentándose ambos en la hamaca de lona que servía de lecho al viejo lobo.

—¿Entonces no te gusta el oficio? ¿No quieres quedarte en el buque? ¿Tienes miedo á la mar?

—¡Oh, tío Delfín! Si por mí fuera, yo sería marino.

—¡Bravo! Eso me gusta; eres todo un lobito de mar; serías un buen grumete, si no fuese por ese pirata de tierra. ¿Crees tú que en el mar caben piratas de la raza de tu maestro? ¡Tifones! A esos las olas los vomitan y los tiburones les hacen asco. ¿Piensas quedarte con él toda la vida?

El muchacho vaciló; á decir verdad, apenas se había atrevido á pensar en eso.

—No sé, murmuró tristemente.

—¿No sabes? Bueno, está visto que yo te lo debo enseñar todo. ¿Sabes tú adónde va el director ahora?

—Creo que á Buenos Aires.

—Sí, á Buenos Aires ha de ser; el tiburón ese tiene buen olfato y huele dónde hay presa; es una gran ciudad, y si el pillo sabe manejarse, tanto mejor para él y para ti, porque os tratará á todos como á personas y así podrás aguardar mejores tiempos.

—Pero es que aunque me trate bien, yo no quiero ser un payaso, dijo indignado el negrillo.

—Lo que quiere decir que prospere ó no la Compañía, tú querrás poner en práctica mi consejo, ¿eh?

—¿Y qué consejo es ese?

El contramaestre acercó los labios al oído del muchacho y dejó caer esta palabra:

—¡Escápate!

Los ojos de Alegre brillaron de entusiasmo; aquel pensamiento, que sólo en sueños se había atrevido á acariciar, le era ofrecido ahora como una cosa posible por una persona que no podía querer más que su bien. Sintió una alegría loca, sacudiendo las fibras de su alma ante la idea de una libertad más ó menos cercana; pero sólo duró un instante, porque en seguida se disipó con el recuerdo del director, cuya cólera lo persiguiría si se escapaba, lo arrancaría de las entrañas de la tierra, si buscaba en ellas refugio, para volverlo á vestir con el odiado traje de payaso y llevarlo á divertir al público en las plazas.

—¡Imposible, tío Delfín!, murmuró tristemente.

—¡Tifones! ¿Y por qué es imposible?

—Porque sí; porque el director...

—¡Mal rayo lo parta! Siempre con tu maldito director en la punta de la lengua. ¿No tienes miedo al mar y se lo tienes á él? ¿No ves, inocente, que una vez que huyas de su poder nada tendrás que hacer con ese pirata?

—Pero es que el director...

—Calla, Alegre, calla, y escucha lo que voy á decirte... Me has dicho que el director suele daros permiso para que vayáis á dar una vuelta, cuando no se trabaja, ¿es así ó no?

El negrillo asintió con la cabeza.

—Bueno; no necesito más. Al Sur de Buenos Aires, lejos, no sé á cuántas leguas, hay un pueblito tendido en la orilla del mar, creo que se llama Cruz Chica..., sí, eso es, Cruz Chica. Pues bien; en ese pueblito, que si mal no recuerdo, está también á la orilla de un riacho, vive un hermano mío; se llama Ludovico, debe de tener ahora cincuenta años, cinco menos que yo, porque ya estoy viejo, muy viejo; según mis noticias, es casado, y su mujer se llama..., ¡bah!, no recuerdo..., se llama..., el nombre es lo de menos. Bueno; Ludovico y su mujer son pobres, ¿eh?, pero eso poco te importará á ti, ¿verdad?, tú eres más pobre aún. Ludovico vive del producto de sus brazos: es pescador; se gana, pues, la vida robándole los hijos á la mar; al fin y al cabo, los pescadores también son hijos de ella y sus luchas con los peces no pasan de rencillas domésticas. De cinco hermanos que fuimos, todos hemos vivido en relaciones con la mar; dos nos embarcamos, nos hicimos marineros; otros dos pescadores; y el quinto, ¡pobrecillo!, este también tuvo que hacer con ella; murió en la mar... de disgustos, porque su mujer, ¡brava hembra era aquella!, le cuarteó la proa de un sartenazo, no sé si porque le dijo que la sopa estaba sosa ó salada. Y volvamos á nuestro asunto. En uno de esos días en que el director os da vacaciones, llamas á Tell, das unas cuantas bordadas entre el laberinto de calles de la gran ciudad, para hacerles perder la estela al que te quiera seguir; averiguas bien cómo has de hacer para llegar á La Plata, ¿eh?, recuerda bien este nombre, es otra ciudad; allí vuelta á averiguar cómo podrás acercarte á Cruz Chica; hay varias poblaciones grandes cerca de ese pueblo; no tienes más que tomar el ferrocarril y dejarte llevar. Pero aguarda, mejor te lo enseñaré en el mapa.

Y el tío Delfín sacó de un armario una carta geográfica en que estaban indicados todos los detalles del suelo argentino. Los dos, siguiendo con el dedo la línea del ferrocarril del Sur, que partiendo de la gran capital cruza como una inmensa arteria toda la provincia, cubriéndola de ramales, procuraban grabar en la memoria los nombres de las estaciones más importantes.

—¿Lo ves? Aquí está: de Buenos Aires á La Plata, fíjate bien; de La Plata tomas el ferrocarril del Sur, nada más sencillo, después de haberlo tomado en Buenos Aires, y te dejas llevar hasta Mar del Plata, acuérdate del nombre; entre Mar del Plata y este otro pueblo, fíjate aquí, en la costa, que se llama... Necochea, está, si mal no recuerdo, Cruz Chica, siempre en la costa de la mar; ¡ah!, no hay como los pueblos ribereños, sanos, ricos, felices, si yo no pudiera embarcarme viviría en la costa; ¡oh, la mar! Nada hay en este pícaro mundo que valga lo que vale ella. En fin, ya lo sabes, hijo mío; de Buenos Aires á La Plata, de La Plata á Mar del Plata, siempre por la costa; nada más sencillo; y allí preguntas, ¿sabes? Quien lengua tiene, á Roma va.

—Bueno, ¿y qué más?

—Pues nada más; llegas á Cruz Chica, preguntas por Ludovico, le entregas una carta que yo te daré, fondeas, echas el ancla y te quedas quieto, haciendo la vida que más te agrade; porque Ludovico será tu padre en adelante, ¿entiendes?

—Sí, sí, ¿y la carta?

—A eso vamos, respondió el tío Delfín abriendo su armario y sacando un sobre en cuyo exterior se leía trazado en gruesos caracteres: *á Ludovico Pessaro*, y se lo dió al muchacho.

—Y ahora, hijo mío, vete; no es bueno que nos vean en conferencia tan larga.

Algunas horas después el *Santa Ana*, á pesar de ser un simple velero, entró en la dársena y ancló cerca del muelle.

—Señor Bertoni, dijo el capitán, hemos llegado; si usted quiere desembarcar, enfrente tiene á Buenos Aires; puede hacerlo y cuanto antes mejor.

El tío Delfín había llamado de nuevo á Alegre.

—¿Te vas, Alegre? ¿Nos dejas? ¿No te gusta la mar? ¡Qué hermoso grumete haríamos de ti si quisieras quedarte en el barco.

—Pero tío Delfín, si *il signor* Bertoni...

—Calla, Alegre, abrázame. ¡Quién sabe si volveremos á vernos!

El muchacho, con los ojos llenos de lágrimas, se abrazó al cuello del honrado marino.

—¡Oh, Alegre, hijo mío, pobre y solitaria barquilla que vuelves á soltar las amarras y á hacerte á la vela; el mástil cruje, el trapo se hincha, la proa se moja en agua salada; te vas, barquilla mía, quiera Dios que no encuentres escollos en los mares!..

Y el viejo marino, que no se acordaba de haber llorado más que cuando se despedía de sus hijos, sintió que una lágrima grande, muy grande y muy ardiente, se deslizaba por sus bronceadas mejillas.

—Oye, Alegre, un último consejo: si algún día eres libre y si algún día se pica el mar de tu vida y el viento te coge de proa, y tus velas se hacen girones, y pierdes el timón, Alegre, hijo mío, si te cansas de vivir en tierra porque en ella sufres, refúgiate en la mar, que siendo amarga como la pena y grande como el dolor, la hallarás tierna y dulce. Acuérdate de que navega en ella un tío Delfín, que siempre tendrá abiertos sus brazos para ti. El *Santa Ana* hace escala en Buenos Aires; si alguna vez lo encuentras, acércate, y no será el último abrazo el que ahora te doy, Alegre, niño mío.

Y el lobo de mar estrechó contra su pecho al niño y lo besó en la frente.

El chico sintió que la mano del tío Delfín ponía algo en su bolsillo, y murmuraba á su oído:

—Son para ti, Alegre, para ti solo; cuidado con perderlas.

Y añadía para su coleto:

—Esas cincuenta liras eran el pan de mis hijos; pero ¿acaso Alegre no es hijo mío?

El pobre niño no se daba exacta cuenta de lo que le sucedía. Sólo cuando el director lo arrastró fuera del barco, y se vió sin saber cómo sobre el muelle, pisando tierra americana, lejos ya de su amigo, lejos de su patria, lejos quizás de la tumba de sus padres, sólo entonces comprendió lo que significaba todo eso, y un sollozo grande y amargo como la marejada hinchó su pecho y sintió que el llanto ardía en su rostro.

Volvió los ojos y vió sobre el puente del *Santa Ana* al contramaestre que le hacía señales de despedida con la gorra. Dió un grito, tendióle los brazos; pero el director no quería retardarse y á la fuerza arrancó al niño de aquel lugar.

En ese momento Tell, viendo que su amo apenas paraba mientes en él, dió un pequeño ladrido y acercándose rozó con su hocico húmedo y frío la mano del muchacho. Este lo miró con los ojos llenos de lágrimas, y acarició su hermosa cabeza. El perro si-

guió dando saltos y ladridos, como diciendo á su amo:

—¡Y bien, heme aquí! Aún tienes un amigo.

Alegre comprendió.

—Tell, Tell, exclamó abrazándolo, sí, tú eres mi amigo, el único amigo que me queda...

VII

LA HUÍDA

En Buenos Aires hay público para todo.

Los buenos tiempos de la Compañía volvieron, y la boletería del *signor* Bertoni más de una vez tuvo que exhibir el triunfal cartelito de «No hay más localidades.»

La condición de los discípulos había mejorado también, y la de Alegre más que la de ninguno.

Pero él no quería ser payaso aunque lo trataran como á un rey. Amaba la libertad y lo enloquecía el mar.

Pasábase las horas de licencia en los muelles, dejándose robar el corazón por cada barco que partía.

¡Qué no habría dado por llegar á la soñada tierra prometida! El nombre de Cruz Chica estaba siempre grabado en su memoria y veía en su imaginación el pueblo con tal relieve como si en él hubiera nacido. Esto y el recuerdo de las palabras del tío Delfín le infundían valor para la empresa.

¡La huída!

Un día de licencia, después de muchos de vacilación, se resolvió.

Había aprovechado bien los días de América.

Sus cincuenta liras se habían cambiado en veinticinco pesos que guardaba en el forro de su traje. El idioma no le arredraba; poseía un vocabulario más que suficiente, aprendido entre los chiquillos argentinos de la Boca. Sabía que para ir á La Plata tenía que tomar el tren en la Casa Amarilla, que el pasaje le costaría á lo sumo dos pesos, que en dos horas cuando más estaría en La Plata, y sabía mil cosas más.

—Muchachos, hoy es día de fiesta, les había dicho el director; podéis marcharos á dar un paseíto por la ciudad; hasta las ocho, ¿eh?, cuidado con volver más tarde.

Alegre no oyó más. En dos saltos plantóse en su camaranchón; quitóse su vestido payasesco; se puso otro más raído y menos vistoso, pero más conveniente por lo mismo; vió que su tesoro estaba seguro, y salió.

Sus compañeros habían ya desaparecido.

Llamó á Tell, y en pocos minutos atravesó tantas calles y dió tantos rodeos, que hubiera sido más fácil á los otros muchachos de la Compañía encontrar una aguja en un pajar, que tropezar con él.

El ansia de ser libre le arrastraba.

Cuando á cálculo juzgó que habría andado durante media hora, detúvose en una plaza que le salió al encuentro, sentóse en un banco, y como chico acostumbrado á reflexionar sobre sus actos, púsose á trazar un minucioso plan de acción.

Las campanadas de un reloj público le avisaron que eran las diez. El tren de La Plata salía al mediodía. Él no conocía otra estación para tomarlo que la Casa Amarilla, temible por su proximidad á la Boca. Alegre, contando demasiado con sus piernas, y no queriendo acercarse á los lugares donde probablemente vagarían sus compañeros y el director, resolvió esperar las once y media para ir á la estación. Media hora le parecía suficiente para llegar á ella. Tomaría su boleto, subiría al tren, y adiós Buenos Aires. Sería libre para toda su vida, porque nada ni nadie lo detendría en el camino, ni siquiera la falta de dinero.

¡Oh! En cuanto á eso, Alegre se creía un potentado; muy bien sabía que veinticinco pesos no son más que veinticinco billetes de un peso; pero como ni en sueños había visto reunido tanto dinero, con sólo pensar en lo que con él podía comprar, creíase con derecho á mirar por sobre el hombro á todos los millonarios de la tierra.

¡Pobre tío Delfín! ¡Cuántas privaciones más para indemnizar á su familia de aquel derroche!

Como empezaba á sentir hambre, entró en una panadería, llenóse los bolsillos de bizcochos y echó á andar hacia cualquier lado.

No tenía reloj, pero podía ver la hora en los de los establecimientos que encontraba al paso. A poco más de las once volvió á desandar lo andado para tomar el tren: su corazón palpitaba con fuerza; la estación no estaría lejos; la conocía bien; parecíale que iba á encontrarla á la vuelta de cada esquina, pero andaba y andaba, y ni señas de la Casa Amarilla.

Caminando lo pillaron las once y media; caminando oyó dar á un reloj las doce.

El tren salía á las doce y cuarto.

—¡Dios mío!, exclamó azorado, ¿pero dónde estoy?

Paróse en una esquina, miró para todos lados; por fin creyó divisar el edificio á algunas cuadras de distancia y echó á correr.

No era. La Casa Amarilla estaba muy lejos de allí. Se había perdido; en Buenos Aires es muy fácil extraviarse. Atravesando calles sin más afán que el de andar mucho, mucho, para no encontrarse con sus compañeros, Alegre se había perdido. Si se hubiera tratado sólo de volver á la fonda, habríale bastado dejarse guiar por Tell, amaestrado para esta clase de ejercicios, pero Tell no conocía la Casa Amarilla, ni Alegre quería volver á la fonda.

Descorazonado, sin saber para donde dirigirse, perdido cada vez más, cuando vió que los relojes de todos los almacenes señalaban más de la una, echó á andar por andar.

Todo el castillo de ilusiones que en su infantil cabecita había levantado, derrumbábasele en un instante. Vendría la noche, se acabarían las horas de libertad que le habían concedido, tendría que volver á la fonda, ó si no su fuga sería descubierta, su amo le haría buscar y tendría que volver á divertir al público en el execrado oficio de payaso.

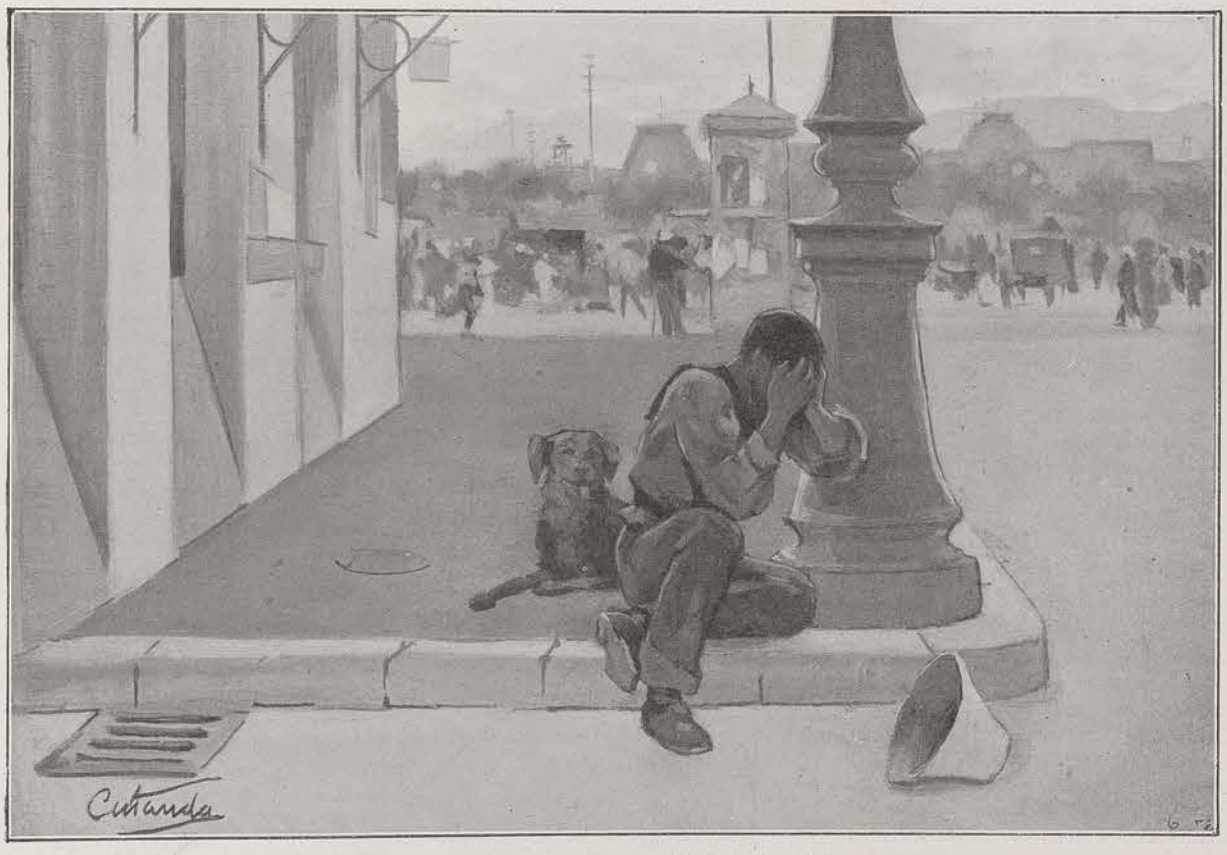
Cuántas calles cruzó, no podría decirlo; dónde estaba, menos; pero cuando se sintió cansado física y moralmente, dejóse caer en un banco enclavado en el cordón de una acera.

El sol se acostaba en el horizonte. La noche comenzaba á envolver la gran ciudad; una noche brumosa, fría, con un frío pegajoso que taladraba los huesos; una noche de Buenos Aires en los primeros días de Julio.

Por primera vez en su vida, Alegre se dió cuenta de lo que era.

Él que se creía todo un hombre, porque jamás se había abatido ante el dolor, sintióse débil, sintióse niño. Vióse abandonado en una inmensa ciudad, solo, sin techo, sin amparo; porque temblaba de acogerse á ninguna fonda, errando por las calles atestadas de gentes que lo miraban con indiferencia, que á él se le antojaba curiosidad. Parecíale que cada transeunte leía en su azorado rostro la historia de su fuga.

Tuvo miedo; rompió á llorar; se arrepintió de haber huído de su casa, que si miserable, era no obstante su casa. Quiso volver, pero lo aplastaba el solo pensamiento de lanzarse sin rumbo á la aventura por si daba con ella. El pobre niño ni en Tell confiaba ya.



Tuvo miedo; rompió á llorar; se arrepintió de haber huído de su casa

La noche había cerrado.

Las innumerables lámparas eléctricas encendidas desde temprano luchaban sordamente por disipar la viscosa obscuridad de la niebla y de la noche.

El ruido de un campanazo sacó al niño de su abstracción; un reloj daba la hora; Alegre contó ocho campanadas y el sonoro metal calló.

—¡Las ocho!, murmuró el negrillo con espanto. Mi amo..., el circo..., el traje de payaso.

Estas tres ideas presentáronse con tal fuerza á su imaginación calenturienta, que desamparado y todo estimó en más su libertad que el derecho de tener un rincón donde albergarse, si había de ser con la Compañía, y levantándose, huyó al acaso, corriendo unas veces por la calle, otras por las acerras, atropellando á los transeuntes, en cuyos rostros á cada instante creía ver las facciones de su amo.

De improviso, al pasar frente á una gran casa de vidrieras iluminadas, un caballero, con quien acababa de chocar violentamente, lo detuvo por un brazo, estrujándoselo. Alegre alzó los ojos, lo miró al rostro, dió un tirón y se lanzó en carrera desenfrenada, creyendo oir una voz que gritaba á sus espaldas: «¡A ese, á ese!,» é imaginándose ver, cuando volvía el rostro, que las gentes corrían detrás de él para prenderle, mientras él huía, volaba, perseguido por aquella multitud inmensa.

Así corrió mucho tiempo, hasta llegar á una callejuela obscura. Sintióse rendido, incapaz de dar un paso más. Miró si alguien le seguía; no, estaba solo; entonces se dejó caer sobre la acera y se quedó dormido.

VIII

¡ROBADO!

Cuando despertó, después de siglos de estar durmiendo, á juzgar por la infinita sucesión de pesadillas que le habían asaltado, sintió algo húmedo y tibio que rozaba su mano helada. La impresión de aquel contacto disipó en él los vapores del letargo; abrió los ojos; todo á su alrededor era obscuro; extendió los brazos y tropezó con un cuerpo lanudo.

—¡Tell, murmuró adivinando lo que era aquello.

Respondióle un débil ladrido. Era Tell, su fiel amigo que le había seguido en su carrera frenética á través de las calles; que echado junto á él, abrigándolo con su cuerpo lanudo y caliente, lo había salvado de helarse en aquella crudísima noche de Julio.

Sintiendo la cabeza dolorida y un zumbido continuo en los oídos, tocóse la frente; quemaba como si fuera una plancha de hierro enrojecida al fuego; una sed ardiente lo devoraba, y sin embargo, sus manos estaban yertas, y su cuerpo tiritaba sacudido por un doloroso escalofrío; tenía fiebre.

(Se continuará.)

DEPORTES DE INVIERNO EN CHAMONIX.—FIESTAS ORGANIZADAS POR EL CLUB ALPINO FRANCÉS

Hace años que en los países del Norte se celebran concursos de deportes de invierno, en los cuales tienen ocasión de lucirse los aficionados al patinaje, al *ski*, al *luge*, al *bobsleigh* y demás ejercicios que sólo pueden practicarse allí donde se dispone de grandes extensiones cubiertas de hielo. El Club Alpino francés ha querido introducir esta moda en Francia y crear al mismo tiempo estaciones invernales; y á este efecto, secundando la iniciativa de un médico de Chamonix, el doctor Payot, ha organizado uno de esos concursos, que se ha efectuado en los días 3, 4 y 5 de este mes.

Arco de triunfo levantado en Chamonix por el Club Alpino francés. (De fotografía de Branger.)

Unas tres mil personas han asistido al espectáculo, y más aún habrían acudido si hubiese habido alojamiento para todos los que lo solicitaron; pero Chamonix no estaba preparada para ello, pues la mayoría de sus hoteles sólo permanecen abiertos durante el verano. Es de esperar, sin embargo, que el año que viene, tomando en cuenta lo que ahora ha sucedido, los propietarios de las fondas adoptarán las medidas necesarias para satisfacer todos los pedidos, y quién sabe si á consecuencia de los concursos quedará aquella pintoresca región definitivamente clasificada entre las más celebradas estaciones de invierno.

El tiempo ha favorecido las fiestas. «Las madrugadas, las tardes y las noches—escribía el corresponsal de un diario parisiense—son rigurosas, pero soportables, ya que el frío es enteramente seco y no sopla el viento. A las diez aparece brillante el sol, y á las once, en todo su esplendor radiante, dora las cimas de los Alpes y de las colinas inmediatas. Toda la sábana de nieve que cubre los montes y el valle está iluminada por sus rayos, y sobre este escenario de comedia de magia extiéndese un cielo purísimo, de un azul infinitamente suave. Los árboles, llenos de escarcha, que crecen al pie de las montañas, y los bosques de pinos que se alzan en sus vertientes, completan ese cuadro magnífico que se ofrece á nuestros ojos deslumbrados.»

Los ejercicios del primer día eran tres: uno para equipos militares, otro para particulares y otro para guías profesionales; los del segundo, una carrera á fondo para aficionados, otra carrera á fondo para *juniors* y otra de velocidad; los del tercero, concurso de *skis* para militares extranjeros y otro concurso de velocidad para militares franceses con armas y equipos.

Los cazadores alpinos franceses se han portado admirablemente; pero de haber sido internacionales las carreras en que tomaron parte, de fijo que habrían sido vencidos por el equipo militar noruego, que, según dicen los que asistieron á la fiesta, era formidable.

Existe realmente una notable diferencia entre los franceses y los noruegos en materia de deportes de invierno, diferencia, por otra parte, natural y perfectamente explicable, ya que lo que en Francia es costumbre reciente, es tradicional en Noruega y demás países del Norte, cuyos habitantes están familiarizados con el hielo, en el que ejecutan verdaderas maravillas de ligereza, velocidad y equilibrio. No es, pues, de extrañar que en la carrera internacional de *skis* de Chamonix á Col-de-Baume, resultara vencedor un soldado del equipo noruego, que hizo el recorrido en 3 horas, 28 minutos y 30 segundos; el primero del equipo francés empleó en el mismo recorrido 4 horas y 54 minutos. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que los franceses iban enteramente equipados, al paso que los noruegos no llevaban más que una pequeña mochila.

Mayor aún que en las carreras, resulta la diferencia en los saltos; los *skiadores* noruegos se lanzan sobre el trampolín y van á caer á treinta metros de distancia con una maestría admirable.

Damas que tomaron parte en los concursos (De fotografía de Branger.)

Un skiador remolcado por un trineo. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Veíaseles en medio del espacio con los brazos apretados contra los muslos y los dos pies juntos sobre los skis horizontales, y en esta postura caían siempre de pie sobre la nieve, descendían luego con velocidad vertiginosa por la pendiente, y con una destreza extraordinaria se dirigían al valle, en donde se detenían. Los *skiadores* franceses, paisanos ó militares, demostraban el mismo arrojo, la misma intrepidez; pero las más de las veces caían y rodaban por la nieve, después de haber dado el salto, con la cabeza inclinada hacia abajo y las piernas abiertas.

En resumen, las fiestas de Chamonix han sido en extremo interesantes y permiten augurar éxitos aún mayores para años sucesivos, en los que es de esperar que será más numerosa la concurrencia, no sólo de espectadores, sino también de corredores, patinadores y saltadores.

A propósito de esto último, una importante revista parisiense hace las siguientes atinadas consideraciones: «Es preciso que los espectadores tomen parte más activa en el juego. Los deportes de invierno no son de aquellos en los cuales puede uno contentarse con contemplar, sino que es menester practicarlos. Ningún deporte de verano los iguala, ni como higiénicos ni como voluptuosos. Las sensaciones que en ellos se experimentan no pueden analizarse; son una plenitud de alegría, de movimiento, de exaltación y de salud.

»Por esto el Club Alpino francés merece ser alabado y alentado en su empresa. Quiere enseñar y hacer saborear á París, á Francia, al mundo entero, la atracción irresistible de las hermosas nieves, de los paisajes centelleantes y, sobre todo, de los deslizamientos locos. Semejante placer puede disfrutarse desde el principio al fin del invierno; pero es opinión unánime, después de esta primera prueba, que será mejor celebrar esas reuniones de invierno algo más tarde, del 20 de enero al 10 de febrero y con preferencia en período de luna llena.»—T.

APARATO PARA TRANSMITIR LA ESCRITURA

Á LARGA DISTANCIA

La época actual se caracteriza por una serie de descubrimientos tan interesantes como útiles que ha

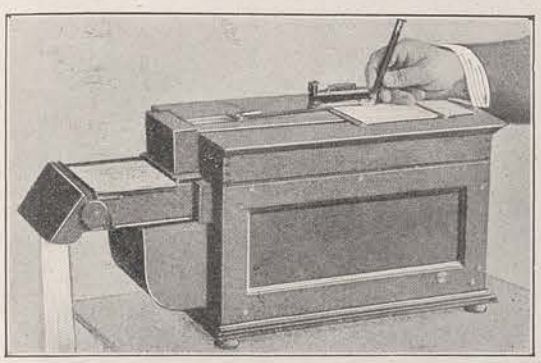


Fig. 1. Aparato para transmitir la escritura á larga distancia, inventado por Gustavo Grzanna

sido coronada por la telegrafía sin hilos y la dirección de los globos. El cinematógrafo y el fonógrafo retienen las imágenes y las palabras y un delgado alambre, por el cual circula ese algo misterioso que llamamos electricidad, transmite en pocos segundos una fotografía desde Berlín á París. Y para completar esta serie de maravillas, recientemente se ha inventado un aparato que permite reproducir á larga distancia una escritura cualquiera.

Por medio de este aparato, debido á un alemán, Gustavo Grzanna, se escribe una carta por el procedimiento ordinario, pero en vez de meterla en un sobre, franquearla y echarla al correo, se la confía al aparato y en seguida la recibe, reproducida exactamente, el destinatario. El escrito puede ir acompañado de diseños que aclaren el texto y que también se reproducen con exactitud.

Las ventajas que este invento tiene sobre el teléfono y el telégrafo son evidentes, puesto que permitiendo la comunicación entre dos personas con la misma rapidez de éstos, evita toda mixtificación y los errores de letras y, lo que es más importante, de cifras que tan frecuentes son en las comunicaciones telegráficas. Además, así como para comunicarse por teléfono se requiere la presencia junto al receptor de la persona con quien queremos hablar, en el aparato que nos ocupa esto no es necesario, porque el escrito se transmite automáticamente y el destinatario, aunque esté ausente en el momento de la transmisión, la encuentra luego en su receptor.

La figura 1 representa una estación transmisora y receptora; dos aparatos iguales unidos por tres alambres forman una instalación completa. Dos de los alambres pueden ser los mismos que sirven para el teléfono y en cuanto al tercero, puede colocarse sin grandes gastos y aun en caso necesario sirve de tercer conductor la tierra. Por medio de un lápiz plomo unido á una palanca que le permite moverse libremente sobre el papel, se escribe la carta (fig. 2); la libertad de movimiento se obtiene merced á la doble dirección que puede imprimirse á la palanca, de izquierda á derecha y de arriba abajo. En uno y en otro caso se modifica la resistencia conductriz de un circuito eléctrico, pues la palanca, que al escribir se desliza sobre dos espirales de resistencia, interpola

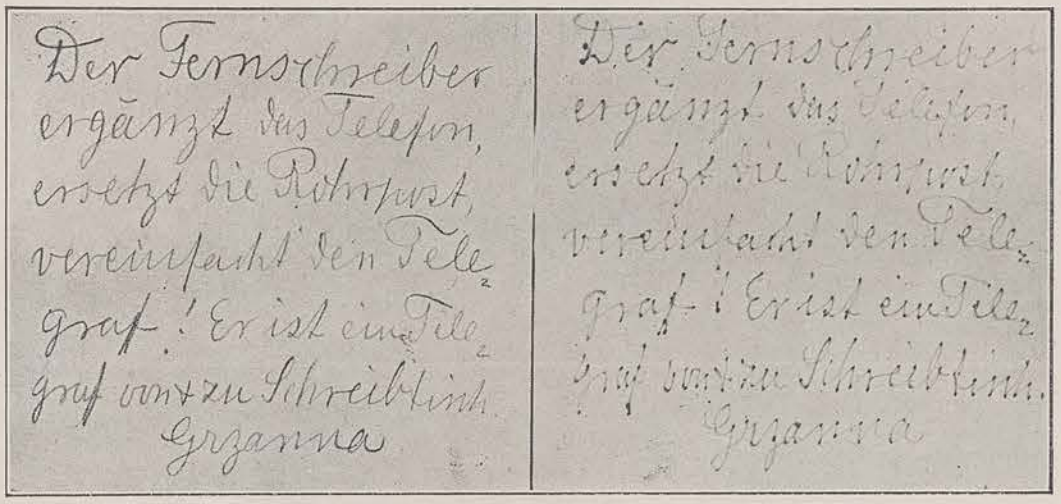


Fig. 2. Escritura original, tal como está trazada en el aparato transmisor

Fig. 2. Escritura reproducida, tal como aparece en el aparato receptor

más ó menos circunvoluciones. De este modo los movimientos de la escritura se transforman en oscilaciones de corriente, cuya fuerza varía según el número de circunvoluciones de la espiral interpoladas, circulando, por ende, por los distintos alambres de intensidad variable.

Para que esas oscilaciones de corriente se conviertan en escritura en el aparato receptor, el inventor ha encontrado un procedimiento ingeniosísimo. En cada uno de los dos circuitos hay un electromagneto, es decir un hierro, en el que está enrollado, en muchas vueltas, un alambre de cobre aislado, y que se magnetiza más ó menos según la intensidad de la corriente que por él circula; este magnetismo se manifiesta en la fuerza con que el hierro atrae una pequeña áncora giratoria que sostiene un espejito. El áncora permanece inmóvil cuando no circula corriente alguna por las circunvoluciones del electromagneto, pero se mueve sobre un eje horizontal cuando hay corriente y en proporción á la intensidad de ésta. El rayo lumínico de una pequeña lámpara incandescente, concentrado por una lente, da en el espejito y al moverse éste se refleja en una superficie de manera que puede trazar una línea vertical, alejándose la mancha luminosa puntiforme más ó menos de su posición de descanso, según sea mayor ó menor la corriente que pasa por el electromagneto. De suerte que el movimiento vertical del lápiz en el aparato transmisor determina en el receptor un movimiento igual del rayo luminoso.

En el circuito influído por el movimiento horizontal del lápiz hay también un electromagneto con su espejito; éste gira alrededor de un eje vertical y, por consiguiente, refleja el rayo lumínico de manera que traza una línea horizontal y se aparta asimismo de su posición de descanso tanto más cuanto más intensa es la corriente. Un mismo rayo luminoso sirve para los dos espejitos, lo cual permite que aquél describa curvas que se componen del movimiento vertical y horizontal de éstos y tienen la misma forma que las curvas de las letras escritas en el aparato transmisor.

La superficie sobre la cual escribe el rayo lumínico, consiste en un papel sensible como el que se emplea en la fotografía. Escrita la carta y puesto el lápiz en sitio especial, un aparato de relojería ó un pequeño motor pone en movimiento la tira iluminada del papel fotográfico por debajo de un mecanismo, del cual fluye el líquido desarrollador que hace aparecer la escritura en la forma que reproduce la figura 3. Diez segundos después, puede leerse la escritura tal como estaba el original.

La dirección general de correos imperiales de Alemania ha certificado que las pruebas efectuadas entre Berlín y Potsdam (30 kilómetros) y entre Berlín y Dresde (200 kilómetros) han dado resultados satisfactorios.—N.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesants texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

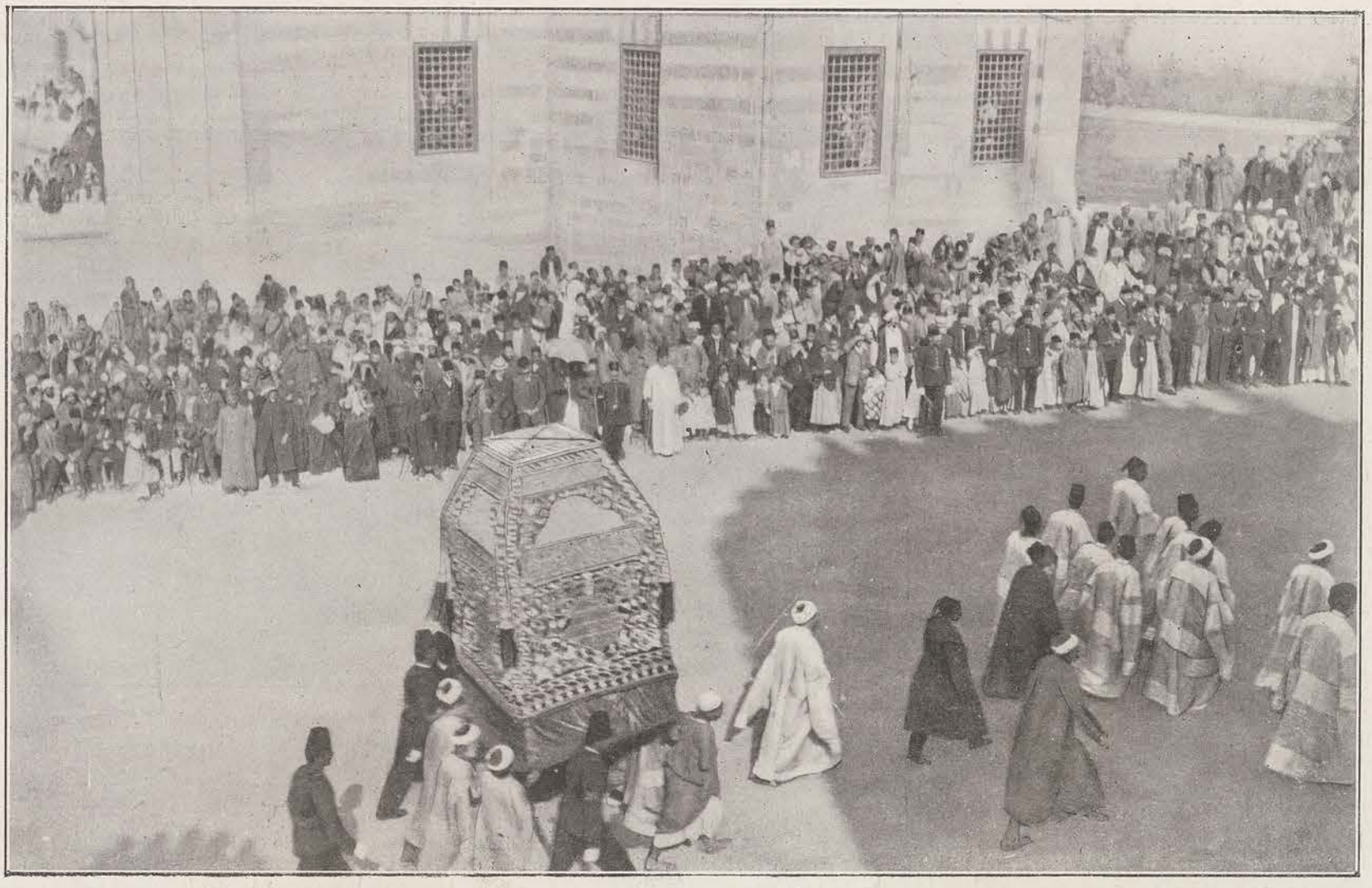
Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJANSE el SELLO de la "Union des Fabricants", y la FIRMA DELABARRE.
Establecimientos FUMOUZE, 78, Faubourg St-Denis, Paris, y las Farmacias del Globo.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



El Cairo.—La gran ceremonia religiosa de la procesión del Tapiz sagrado,
efectuada en diciembre último y en la que tomaron parte más de 100.000 personas. – El baldaquín que contiene el Tapiz sagrado. (De fotografía de Carlos Trampus.)

En la última semana del pasado diciembre efectuóse en el Cairo una grandiosa ceremonia religiosa. La procesión del Tapiz sagrado, que así se llama, se celebra todos los años algunos días antes de la partida de los peregrinos para la Meca y constituye una manifestación brillante del espíritu musulmán, que tiene uno de sus principales centros en la capital de Egipto.

La ceremonia se efectuó en la mezquita de Mastaba-el-Mahmal, en presencia del Jedive, de los miembros del gobierno egipcio, de las notabilidades civiles y religiosas, de los cuerpos consular y diplomático, de las autoridades inglesas, etc. El Jedive cogió tres veces el Tapiz sagrado, que le presentaron puesto en una almohada bordada ricamente, y lo entregó al Emir-el-Haz, quien lo depositó luego en el Abasieh, desde donde, dos días después fué llevado, con brillante escolta y en tren especial, á Suez. Allí los peregrinos que forman parte de la caravana sagrada, se embarcaron en tres vapores de la «Khediviale Mail Line» que los conducirán á Yeddá, desde donde proseguirán su peregrinación á la Meca.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN